

El discurso y la reproducción del racismo

Teun A. van Dijk

Lenguaje en contexto (Universidad de Buenos Aires), 1(1-2), 1988, pp.
131-180

El discurso y la reproducción del racismo*

TEUN A. VAN DIJK

Universidad de Ámsterdam

Resumen

En este artículo de carácter teórico se muestra cómo distintos tipos de discurso juegan un papel específico en la (re)producción del racismo en la sociedad. Se argumenta que este papel puede entenderse totalmente solo por medio de un análisis socio-cognitivo de la ideología y de sus prácticas discursivas. Esto significa que aquellos grupos (blancos) que controlan los medios de producción ideológica porque tienen acceso a ellos y pueden, además, formular un discurso público (por ej., las elites simbólicas) tienen un papel especial en la reproducción del racismo. Los discursos de los medios, de la educación y otras formas de discurso dominante preformulan un discurso público acerca de los grupos étnicos minoritarios y, en consecuencia, producen también el consenso étnico necesario que sostiene las formas modernas de la ideología racista.

Abstract

In this theoretical paper it is shown how various types of discourse play a specific role in the (re)production of racism in society. It is argued that this role can be fully understood only through a socio-cognitive analysis of ideology and its discursive practices. This means that those (white) who control the means of ideological production, because of their access to, and formulation of public discourse; viz., the symbolic elites, have a special role in the reproduction of racism. The discourses of the mass media, education, and other forms of dominant discourse preformulate public discourse about ethnic minority groups, as well and thus produce the ethnic consensus that sustains modern forms of racist ideology.

1. El análisis del discurso y el racismo

Este artículo resume y discute el marco teórico que subyace a varios proyectos de investigación llevados a cabo durante los últimos siete años en la Universidad de Ámsterdam sobre la expresión y la comunicación del prejuicio étnico. El principal presupuesto de estos trabajos es que, tanto el discurso como la comunicación son un modo de importancia vital para la reproducción social del racismo de los blancos. Tanto a nivel informal como interpersonal y también institucional, los miembros del grupo blanco participan en diversos contextos comunicativos en los que

expresan y comunican persuasivamente a otros miembros del endogrupo, actitudes ideológicamente enmarcadas con respecto a grupos minoritarios.

1.1. Conversación

En la conversación diaria, los blancos cuentan historias de sus experiencias negativas con negros, obreros inmigrantes u otros miembros de minorías de su vecindario. Participan en bromas y chismes raciales, discuten la presencia y las características perceptibles de estos grupos y, en general, formulan sus creencias evaluativas acerca de las minorías, o sus recomendaciones de acciones discriminatorias en contra de ellas.

Este tipo de procesamiento informal de información social no solo determina la (trans)formación de los modelos cognitivos y de los esquemas de los exogrupos étnicos o raciales. También, esas conversaciones pueden verse como una forma de defensa del grupo contra lo que percibe como *amenaza* cultural o socioeconómica, como una estrategia de diseminación efectiva de prejuicios en todo el grupo, como una manera de fortalecer la solidaridad grupal, y como una legitimación de las acciones racistas. Todas estas funciones (y otras) juegan un papel en todo el marco estructural a través del cual la posición dominante del endogrupo blanco se confirma y legitima.

1.2. Discurso oficial

De forma similar, el discurso acerca y en contra de los grupos minoritarios étnicos o raciales también sostiene y define gran parte de la interacción social y de la comunicación de muchas instituciones en las sociedades predominantemente blancas de Europa Occidental y América del Norte. De arriba a abajo en la jerarquía del poder institucional de la nación, es decir, desde los debates gubernamentales y parlamentarios, las deliberaciones y la toma de decisiones hasta las acciones legislativas en los niveles más bajos de los estados, regiones o ciudades, encontramos muchos tipos de discurso que, actualmente de manera a menudo muy sutil, expresan actitudes negativas frente a los miembros de grupos minoritarios o provocan acciones discriminatorias en contra de ellos.

Además de las formas habladas del discurso institucional, como las ya mencionadas, en los encuentros de cuerpos legislativos o judiciales encontramos esas expresiones discursivas o acciones prejuiciosas y racistas en leyes, reglamentos, estatutos, instrucciones, formularios, documentos, informes y otros textos oficiales.

La misma variedad puede observarse en los contextos comunicativos de estas instituciones *communicative settings*: la escuela, los departamentos de las universidades, la corte, las comisarías, las agencias de acción social, las salas de reunión de los directorios de las corporaciones (Reeves, 1983; Smitherman–Donaldson & van Dijk, 1987). En este artículo, prestaremos especial atención al papel del discurso institucional y de elites en la reproducción del racismo; continuamos, de esta manera, una discusión iniciada en un artículo anterior (van Dijk, 1987a).

1.3. Medios

Los medios masivos tienen un papel especial en la comunicación entre dos diferentes grupos de elite y las instituciones, y son cruciales para la comunicación de ideologías raciales o étnicas hacia y entre la mayoría del público. Las minorías étnicas están representadas más o menos regularmente, pero a menudo en forma negativa en las notas periodísticas, y con características especiales en medios de noticias como los diarios, la televisión o la radio (Hartmann & Husband, 1974; Wilson & Gutiérrez, 1985). Pero también las películas, las historietas, los anuncios publicitarios, los libros de texto, las novelas policiales y otros tipos de ficción, entre otras formas de mensajes de los medios, contribuyen a la construcción de un consenso ideológicamente fundamentado, que asegura el *status quo* étnico o racial (Klein, 1986; Preiswerk, 1980).

Los textos, y las conversaciones no solo regulan una buena parte de nuestra vida cotidiana sino que funcionan también como uno de los medios centrales para la reproducción de las condiciones de poder (Mueller, 1973). Lo mismo vale para la reproducción del dominio y del poder de los grupos blancos sobre los negros u otros grupos minoritarios.

1.4. Conversación, noticias y libros de texto

Dentro de este marco estructural más general, nuestra investigación se centra en tres géneros discursivos que participan en el proceso de reproducción: la conversación cotidiana, las noticias de la prensa, y los libros de texto de las escuelas secundarias. Así, en Ámsterdam, Holanda y en San Diego, California, entrevistamos a más de 180 ciudadanos blancos y les preguntamos acerca de sus opiniones y experiencias con grupos minoritarios en sus respectivos vecindarios, ciudades o países. Estas entrevistas (informales) fueron sistemáticamente analizadas a distintos niveles de su estructura discursiva como, por ejemplo, tópicos generales,

estructuras narrativas y argumentativas, movimientos estratégicos semánticos o retóricos, características estilísticas y conversacionales del discurso espontáneo (van Dijk, 1984, 1987a). Estos análisis pretendieron dar cuenta tanto del contenido como de las estrategias discursivas del prejuicio étnico en la conversación, y reconstruir las cogniciones sociales subyacentes, en particular, los prejuicios de los hablantes acerca de los grupos minoritarios.

En segundo lugar, en el marco de investigaciones existentes sobre el racismo en los medios, hicimos varios estudios de la prensa holandesa con el fin de dar cuenta de las propiedades similares en la presentación de los grupos minoritarios, y en la representación de las relaciones raciales o étnicas en el discurso de los medios (van Dijk, 1983, 1987c, 1987f). Finalmente, hicimos un análisis de los libros de ciencias sociales holandeses utilizados en la educación secundaria, para examinar el papel específico de la educación formal en la reproducción de estereotipos, prejuicios y racismo (van Dijk, 1987d). Estos análisis dieron las claves de *cómo* los blancos hablan y escriben acerca de las minorías y, en consecuencia, de las microestructuras del accionar diario del poder por parte del grupo dominante, sus miembros e instituciones.

1.4. Discurso e interacción social

Además de analizar las estructuras textuales, nuestra investigación se centró en dos problemas importantes del papel social del discurso en la reproducción del racismo. Los fines e intereses del grupo, el poder institucional y las ideologías raciales no aparecen automáticamente en textos y conversaciones y no pueden difundirse, compartirse y legitimarse solo por el discurso.

Obviamente, en un nivel microestructural, los individuos están comprometidos no solamente como personas sino también como miembros de un grupo, como ciudadanos y como participantes de una estructura socio-política. Esto significa que el discurso y sus estructuras deben ser insertados en un contexto interaccional más amplio. La gente expresa prejuicios y trata de persuadir a otros de su propio grupo en la interacción conversacional diaria. De manera similar, tampoco los medios masivos y los libros de texto tienen, obviamente, poder o función alguna sin sus usuarios. Es decir, cuando analizamos el papel del discurso en la reproducción del racismo estamos, en primer lugar, interesados en las funciones sociales del discurso como una forma de (inter)acción basada en el grupo.

1.5. Discurso y cognición social

Los miembros del grupo expresan prejuicio o participan en acciones discriminatorias solo cuando forman, adaptan, transmiten y comparten cogniciones sociales

relevantes con respecto tanto a su propio grupo como también a los grupos minoritarios. De ahí que, además de la perspectiva discursiva e interaccional, el hecho de dar cuenta de las microestructuras del racismo debe incorporar una dimensión cognitiva importante. En este marco cognitivo, necesitamos analizar las estructuras y las estrategias del prejuicio étnico y del procesamiento de la información social en general. De manera similar, necesitamos este enfoque cognitivo para explicar la planificación y el control de la (inter)acción racista y, en consecuencia, también de los actos verbales racistas contra los grupos minoritarios o de la conversación prejuiciosa acerca de ellos. Uno de los objetivos de un análisis de este tipo es ir más allá de la teoría clásica del prejuicio que ha prevalecido en la psicología social durante varias décadas (Allport, 1954).

Desde el principio, sin embargo, debe destacarse que esta perspectiva cognitiva *no* implica concebir el prejuicio o el racismo como meras propiedades psicológicas de los individuos. Tampoco intentamos reducir el racismo a alguna forma de funcionamiento defectivo cognitivo o emocional (Adorno, *et al.*, 1950). Por el contrario, estamos interesados esencialmente en las cogniciones *sociales*, es decir, en las cogniciones de los miembros del grupo y acerca de los grupos, que se (re)producen en contextos y estructuras sociales. Sostenemos que un desarrollo antirracista, crítico y creativo de nuevos conceptos de cognición social puede y debe contribuir *al* estudio de las microestructuras del racismo en la sociedad. Más aún, creemos que, aunque a menudo es ignorado en los estudios sociológicos de la ideología, un análisis cognitivo de esta clase, es también crucial para el estudio del marco ideológico del racismo que constituye un vínculo importante entre el poder (de los blancos) y su discurso. Así, el enfoque que combina el discurso, la interacción y la cognición social puede además establecer las relaciones necesarias entre los micro y macro enfoques en el estudio del racismo.

1.7. Marco interdisciplinario

A partir de esta sección introductoria puede verse que una explicación adecuada de los procesos que están involucrados en la (re)producción microestructural del racismo requiere un marco vasto, complejo e interdisciplinario. Los resultados relevantes de las investigaciones llevadas a cabo en el análisis del discurso, los estudios de comunicación, la psicología social y cognitiva y la macro--sociología están integrados con el fin de diseñar las herramientas teóricas necesarias para analizar los datos discursivos así como para construir, al menos, la mitad del puente necesario hacia teorías políticas e históricas de las macroestructuras sociales del racismo.

La mayoría de los trabajos existentes sobre la relación entre ideología, poder y racismo, por un lado, y la reproducción, por el otro, se presenta en los términos generales

y un tanto abstractos de la sociología política. Mientras esa investigación nos da el marco estructural necesario, no nos dice demasiado acerca de los procesos reales de la reproducción del poder y racismo dentro y entre grupos sociales. Deseamos saber en detalle, *cómo* los miembros de las instituciones del grupo dominante contribuyen a estos procesos con y a través de su (inter)acción diaria. Un análisis sistemático del discurso provee claves fundamentales sobre la naturaleza de esos aportes. En este artículo, sin embargo, no podremos presentar estos análisis en detalle. Trataremos de reformular las principales conclusiones de nuestra investigación anterior en un marco teórico más general para el estudio del papel del discurso en la reproducción del racismo. Mientras que nuestro trabajo anterior prestaba mayor atención a las estructuras y estrategias cognitivas y discursivas, éste prepara la próxima fase en nuestro programa de investigación y da nuevo énfasis a las dimensiones sociales del papel de la conversación y el pensamiento en la reproducción del racismo. Aunque este marco está parcialmente inspirado en trabajos anteriores sobre ideología, reproducción y racismo, trata de formular dimensiones complementarias de estas nociones y, al mismo tiempo, argumenta a favor de un nuevo enfoque más explícito que incluya el análisis de las cogniciones sociales, las interacciones comunicativas y las prácticas discursivas de los grupos dominantes. Puesto que mi competencia no se extiende al campo de la (macro)sociología, debo centrar mi análisis en aquellas dimensiones sociales que permiten un enfoque desde el análisis del discurso. Se prestará especial atención a las relaciones entre el racismo, la ideología y el discurso. A pesar de que nuestra propia investigación está primordialmente centrada en el racismo en Holanda, otros trabajos a los que hacemos referencia sugieren que nuestros análisis y conclusiones tienen una aplicación más general en otros países *occidentales* (europeos, norteamericanos) predominantemente blancos.

2. Ideología, reproducción y racismo

Las primeras nociones teóricas que necesitan un mayor análisis son las de *ideología* y *reproducción*. En el nivel macroestructural, estas nociones son analizadas, con frecuencia, en términos (neo)marxistas de relaciones de clases (ver para textos y discusiones, Abercrombie, Hill & Turner, 1980; Barret, *et al.*, 1979; Brown, 1973; CCCS, 1978; Donald & Hall, 1986; Kinloch, 1981; Seliger, 1976). La suposición básica de este enfoque es que la clase gobernante (la clase que controla los medios de producción) para mantenerse en el poder debe *reproducir* las condiciones que le permiten ejercer este poder sobre la(s) clase(s) dominada(s). Generalmente, esto significa que debe permanecer en control de las condiciones económicas y financieras fundamentales de su dominio y de los medios de poder

coercitivo que son o pueden estar desempeñados por instituciones estatales tales como la policía, las cortes, el ejército o las prisiones.

2.1. *La ideología y la clase gobernante*

Sin embargo, en el estadio presente del desarrollo capitalista en nuestras democracias occidentales parlamentarias, el poder de la clase gobernante es limitado y necesita una legitimación permanente. Es decir, las clases dominadas deben reconocer y aceptar este tipo de poder, preferentemente a través del proceso político (por ej., por medio del voto), y de la aceptación de normas generales, objetivos, actitudes y actos que son consistentes con los de la clase gobernante. La ideología, entonces, desempeña el papel central en la (re)producción de estos procesos de persuasión, y en la manufactura del consentimiento y del consenso. Esto significa que la clase gobernante debe controlar también los medios simbólicos y materiales de la producción ideológica en la sociedad, por ej., a través de instituciones o *aparatos de estado* (Althusser, 1977) como la educación pública, la investigación científica, las editoriales, las tecnologías de la comunicación y los medios masivos. Aunque, a veces indirectamente, la clase gobernante crea o mantiene así entre las clases dominadas la formación ideológica preferida. De allí, el famoso *dictum* de Marx y Engels de que las ideas dominantes de una época dada son las de su clase dominante (Marx & Engels, 1970).

2.2. *Nuevas interpretaciones*

En las actuales discusiones acerca del papel de la ideología en la reproducción del poder, se han dado distintas interpretaciones alternativas de esta idea básica. En primer lugar, y en oposición a los primeros análisis marxistas, se puede asignar a la ideología y a sus transformaciones históricas un papel relativamente independiente con respecto a los procesos socioeconómicos (Althusser, 1977; McLennan, *et al.*, 1977). Es decir, puede cambiar, por ejemplo, por procesos de persuasión o adoctrinamiento, o a través del refuerzo social o cultural de un *sentido común* compartido, más o menos independientemente de su infraestructura económica.

En segundo lugar, la ideología dominante de la clase gobernante es impuesta persuasivamente sobre las clases dominadas con el objetivo implícito de obtener la legitimación de su poder. En este caso, por ejemplo, los intereses de la clase gobernante son encubiertos y/o presentados como los intereses de la sociedad toda. La consecuencia clásica es que las clases dominadas desarrollan una falsa *conciencia* acerca de su posición en la sociedad y, por lo tanto, acerca de sus propios intereses (McDonough, 1977). Los conflictos de clase pueden transformarse así en procesos

de compromisos de grupo dentro de un consenso aparente. Es desde esta perspectiva, que la noción gramsciana de *hegemonía* se desarrolla para dar cuenta de la producción ideológica de consenso y del ocultamiento de los conflictos de clase en las modernas democracias parlamentarias (Gramsci, 1971; Hail, Lumley & McLennan, 1978).

En tercer lugar, no hay una sola ideología *dominante*, es decir, la que es compartida e impuesta por la clase gobernante, puesto que las clases dominadas pueden desarrollar también su propia (contra-)ideología, por ej., como una función de sus experiencias de opresión y de su posición socio-económica (ver por ej., Brook & Finn, 1977; Abercrombie, Hill & Turner, 1980). En este caso, podemos esperar interacción ideológica y conflicto de clases y posiblemente, como resultado, la lucha de clases. En ambos casos, sin embargo, es la clase gobernante la que controla las principales instituciones ideológicas tales como la educación y los medios para que la ideología dominante pueda, no obstante, afectar parte de la ideología de las clases dominadas. Al mismo tiempo, la ideología dominante en sí misma no es homogénea. Los distintos grupos dominantes o elites pueden estar incluidos en el ejercicio del poder y en algunos puntos sus respectivos intereses y, en consecuencia, sus ideologías pueden ser contradictorias si no conflictivas (Domhoff, 1978; Galbraith, 1985; Therborn, 1980).

2.3. *Ideología, raza y racismo*

En el marco de estas y otras formulaciones teóricas podemos encuadrar un análisis del poder racista y de su reproducción ideológicamente fundamentada. Reforzada además algunas veces por las relaciones de clase, la reproducción del poder es, en este caso, la de todo el grupo blanco. Es decir, que asumimos que, en principio, cualquier miembro del grupo blanco dominante puede beneficiarse de la posición dominada de los grupos étnico-raciales minoritarios. Este interés puede manifestarse en términos materiales de condiciones de empleo relativamente mejores, circunstancias de trabajo, vivienda, educación o seguridad social, pero también simbólicamente en términos de sentimientos grupales de superioridad, control, solidaridad u homogeneidad y hegemonía cultural (por ej., en lengua, religión, artes, normas y valores, costumbres, etc.). Tanto el dominio cultural como el socio-cultural implican (al menos, así se percibe) competencia entre los grupos y un proceso de apropiación, mantenimiento y defensa del poder que también requiere un enmarcamiento ideológico.

2.4. *Nuevo racismo y etnicismo*

Las relaciones étnicas presentes no permiten simplemente la activación del po-

der coercitivo directo y abierto contra los grupos minoritarios como sucedió durante la esclavitud y hasta el movimiento de los Derechos Civiles en los Estados Unidos. De manera similar, incluso el poder socio-económico que a través de una compleja red de explotación, amenazas y dependencias todavía somete a los trabajadores inmigrantes y a otras minorías en Europa y Estados Unidos, necesita alguna forma de legitimación (Ben-Tovim, *et al.*, 1986; CCCS, 1982; Gilroy, 1987). En otras palabras, en cada nivel de dominación y control debe haber actitudes y prácticas socialmente compartidas que condicionan a la mayoría del grupo blanco a aceptar esta dominación como *natural, justa, inevitable* o de algún modo aceptable. Es decir que la dominación racista requiere también ser equiparada con una ideología racista dominante. Obviamente, esta ideología se produce bajo las fuerzas combinadas de las relaciones de raza y de clase y, dado que, en tanto minoría, también están involucradas las mujeres, incorpora además vínculos entre raza y género.

Por otra parte, la resistencia de los grupos minoritarios, como fue el caso de los movimientos de los Derechos Civiles y del *Black Power* en los Estados Unidos en las décadas del '60 y '70 y que hoy emerge en Europa, también produjo diversas formas de contra-poder y contra-ideología (Ben-Tovim, 1986; Marable, 1984). Estas redujeron considerablemente el poder exclusivo del grupo blanco dominante y llevaron a incrementar (aunque lejos de igualar) el poder económico, político, social y cultural de las minorías. Al mismo tiempo, en el nivel ideológico, estereotipos negativos ostensibles que conformaron las condiciones de las actitudes y parte de la legitimación de la discriminación y opresión clásicas, tenían que cambiar con el fin de mantenerse consecuentes con los profesados valores de igualdad étnica o racial, y con las normas y objetivos oficiales de desegregación e integración.

En consecuencia, para que el grupo blanco mantuviera su control, a pesar de los cambios en los medios de poder y sus fundamentos ideológicos, las relaciones de dominación debían transformarse en relaciones más sutiles e indirectas. Tanto con respecto a los liberales dentro del propio grupo, como con respecto a los prominentes grupos étnicos minoritarios mismos, las formas del poder debieron desarrollarse de modo que fueran aceptables para la mayoría o que, al menos, evitaran un conflicto y resistencia abiertos (por ej., disturbios raciales). Se observa aquí el surgimiento de varias formas de racismo *nuevo, moderno, simbólico* (Barker, 1982; Dovidio & Gaerter, 1986; Kinder & Sears, 1981; Levitas, 1986). Algunas de las características contemporáneas de estas formas son su carácter indirecto y su sutileza, así como la estrategia generalizada de negar tanto la prevalencia del racismo estructural, como incluso la relevancia de la *raza* en favor de formas más *inocentes* de etnicismo, culturalismo o nacionalismo (Mullard, 1985). La resistencia blanca en contra de la acción afirmativa del transporte escolar integracionista y del

pluralismo cultural y lingüístico, por ejemplo, y particularmente, en contra de igualdad radical, racial o étnica -en especial, en la jerarquía de poder- son manifestaciones bien conocidas de estas formas de racismo moderno (Bobo, 1983; McConohay, 1982; McConohay & Hough, 1976; Scars, Hensler & Speer, 1979).

2.5. *El papel de las elites de poder*

Si bien este análisis de la *ideología blanca* es más o menos correcto, nuestra perspectiva, o al menos nuestras afirmaciones teóricas son más específicas. Continuando la línea del análisis tradicional de las relaciones de clase y del poder en términos de hegemonía, asumimos que las diferencias de clase y grupo producen también contribuciones diferentes a dos procesos de (re)producción del racismo la sociedad. Aunque la ideología establecida y la promulgación de esta forma, poder *blando* [*soft*] sea probablemente aceptable con facilidad para todo el grupo blanco, e incluso para los miembros de la clase trabajadora (partiendo del presupuesto de que el racismo beneficia a todos los miembros de la clase dominante; sigue, sin embargo, siendo producida principalmente por las elites del poder blanco.

Aunque se ha mostrado que la noción de *elite* no carece de problemas teóricos (Bottomore, 1964; Domhoff Ballard, 1968), todavía la encontramos conveniente para nuestro análisis de las contribuciones especiales de segmentos de clase alta y media que están en posiciones de poder económico, político y simbólico, detenernos aquí en la compleja noción de poder (ver Lukes, 1986) aceptamos simplemente el supuesto de que el poder social, en este caso, implica la noción de control corporal y mental de grupos (o de sus miembros) sobre otros grupos (o sus miembros) dando como resultado un autocontrol limitado (es decir, libertad) del otro grupo. Puesto que nos centramos en el papel del discurso y de la ideología nuestro interés está dirigido, en primer lugar, hacia las *elites simbólicas* y, en secuencia, hacia los diversos tipos de *control mental* que se llevan a cabo esencialmente en el discurso. Estos grupos obtienen su poder de las diversas formas de capital simbólico y son los que controlan -directa o indirectamente- los medios (re)producción cultural y, en particular, las distintas formas del discurso público (Mueller, 1973; Pettigrew, 1972). Pertenecen a tales grupos, por ejemplo, editores, directores de publicaciones y otros periodistas importantes, directores de pr mas, productores, escritores, maestros de escuela, profesores e investigadores gerentes de las organizaciones socio-culturales y burocráticas, así como los dueños y directivos de corporaciones, por ej., de la industria de los medios, y de grupos políticos que las financian y sostienen (Bourdieu, 1984; Bourdieu & Passeron, 1977).

A pesar de que el poder de estos grupos es de un tipo diferente del de las

clásicas de la economía, las fuerzas armadas, y la política, son ellos los que juegan un papel específico en la reproducción de normas, valores e ideologías, –a menudo sin saberlo en una relación cercana, algunas veces, a las financieras, económicas y políticas (Mills, 1956). Son ellos los que se encargan de la formulación del *consenso étnico* dominante. Ni falta hace decir que un presupuesto de este tipo que no puede ser detallado aquí, no implica ninguna clase de conspiración de elite en la reproducción del racismo. Tampoco niega posibles confusiones y contradicciones en las actitudes y acciones de los miembros de la elite blanca, ni significa que ignoremos el papel especial de los pequeños grupos blancos antirracistas. Un análisis del discurso dominante y del consenso es perfectamente consistente con tales variaciones y contradicciones aunque solo sea para explicar posibles procesos de cambios (Mullard, 1985).

Tanto las infraestructuras institucionales como las estrategias de esta clase de (re)producción ideológica tienen existencia previa: son, por ej., las que juegan también un papel en la (re)producción del poder de clase tales como la educación formal y los medios. En este contexto, la ideología étnica de las elites blancas podrá recurrir a la estrategia de presentar la acción y las decisiones políticas, económicas o sociales como beneficiosas *para todos nosotros*. Mientras el poder de los exogrupos esté limitado y la estrategia se mantenga dentro de la ley y de los límites de una norma muy general de igualdad, dicho poder será verosímil, altamente persuasivo y, en consecuencia, fácilmente legitimado por la mayoría de los miembros del grupo blanco. Y, de manera similar, cuando hay que abandonar algún tipo de poder, por ejemplo, por medio de diversas formas de acción afirmativa, los distintos grupos de elite pueden presentar esas acciones como consecuencias imperativas de la norma, generalmente respetada, de igualdad, como una necesidad económica o como una sabia táctica para *evitar problemas*. Finalmente, sin embargo, cualquier cambio de objetivos, acciones o ideología, dentro de este marco de relaciones étnicas, debe beneficiar a la mayoría de los que controlan la reproducción de *tal* ideología.

2.6. *Estrategias de las elites de poder*

Especialmente en Europa Occidental, esto significa que la igualdad racial o étnica profesada casi no afecta a la elite blanca; sus suburbios blancos permanecerán predominantemente blancos, no tienen que competir por su empleo o dentro de *él* con miembros de las minorías étnicas, y sus hijos van a escuelas y a universidades blancas. Puesto que la mayoría de los miembros de grupos étnicos son de clase trabajadora, la igualdad racial o étnica y la integración¹ llevan a una competencia, real o percibida como tal, especialmente en los niveles de las clases más bajas (Miles,

1982; Phizacklea & Miles, 1979,1980; Gilroy, 1987). Bajo esta condición, en tales niveles el desarrollo de los prejuicios étnicos y de las prácticas discriminatorias contra grupos minoritarios puede verse facilitado por un doble mecanismo. Por un lado, la clase baja blanca percibirá una participación diferencial en los objetivos de igualdad racial cuando se los compara con los de las elites económicas y políticas. Por otro, sus miembros percibirán una competencia acrecentada e injusta con los miembros del- grupo minoritario. Nuestro *corpus* discursivo muestra manifestaciones *in extenso* de tales actitudes racistas (van Dijk, 1984, 1987a). Dado que ambos *problemas* de la clase trabajadora pueden ser, en principio, (y a menudo lo son) atribuidos a la elite gobernante y especialmente a los *políticos*, se requieren diversas estrategias para impedir esta pérdida de poder y legitimidad. Una estrategia en ese caso es dar (o a menudo solo prometer) *alivio* financiero o económico a aquellos vecindarios pobres multi-étnicos del interior de la ciudad [*inner city*] en los que tales sentimientos de rencor están extendidos en la población blanca. Esta ha sido una de las estrategias, por ejemplo, del gobierno holandés y de los partidos políticos líderes y de las instituciones en los Países Bajos.

La otra estrategia es de naturaleza ideológica. Al igual que la primera necesita ser planeada y ejecutada de un modo consciente. Consiste en un marco socio-cognitivo complejo que, a menudo inconscientemente, asegura la realización de los intereses y objetivos del grupo dominante. En su forma más simple y cruda incluye las formulaciones persuasivas de *hechos* u opiniones, dé los que la gente en su mayoría puede inferir que no es a la elite en el poder sino a los *extranjeros* a quienes se debe culpar por todos los problemas. La solidaridad de grupo (*nosotros, los holandeses*) prevalece en ese caso sobre las divisiones de- clase. Ambas condiciones favorecen un modo de procesamiento de la información social en el que se les puede atribuir a los extranjeros, en lugar de a la elite de poder, no solo cualquier problema definido *étnicamente* sino también cualquier otro problema económico, social, político o cultural existente. Y justamente esto es lo que sucede. Los inmigrantes y otros grupos étnicos sobresalen en virtud de su origen, apariencia, lengua o cultura y, en consecuencia, son fácilmente identificables. Además, pertenecen en su mayoría a la clase trabajadora —al menos en Europa Occidental—, tienen poco poder y casi no están organizados (Castles, 1984). Ambas condiciones contribuyen a que se los pueda culpar activamente por los importantes problemas sociales que enfrentan las clases bajas, tales como el desempleo, la falta de una vivienda adecuada, la inseguridad en los vecindarios y la alienación cultural o normativa (Parlamento Europeo, 1986).

De ahí que las instituciones² de elite deban formular y producir el marco ideológico en el que tales inferencias y prácticas puedan insertarse coherentemente, por ejemplo, en ese caso, ayudaría a enfatizar las diferencias étnicas o raciales al foca-

tizar la atención sobre las diferencias entre los grupos o sobre la polarización entre ellos (una táctica que está totalmente de acuerdo con los objetivos de algunos grupos minoritarios para marcar su propia autonomía e identidad cultural). Además, es importante que se puedan atribuir fácilmente al exogrupo los problemas socio—económicos y culturales básicos de la clase trabajadora. Esto significa que la ideología y su manifestación en el discurso público debe centrarse en esas propiedades o acciones de los grupos étnicos que pueden ser interpretadas como competencia *desleal* para la clase trabajadora blanca, pero por las que aquellos que detentan el poder no pueden ser culpados (Banton, 1983). De ahí, la atención prestada a los *problemas* creados por la inmigración o por la presencia de un *gran número* de inmigrantes en las áreas de empleo, vivienda, educación, seguridad social y cultura (lenguaje, religión) (Husband, 1982; Levitas, 1986). Dado un marco para la comunicación pública estratégicamente efectivo, que permita la formulación persuasiva de tal perspectiva, se facilitarían en mucho argumentaciones de sentido común ampliamente aceptadas de este tipo: si *nosotros* tenemos tan poco (o incluso cada vez menos) y *ellos* están aquí o vienen aquí masivamente, seguramente es a *ellos* a quienes hay que culpar, sobre todo desde el momento en que *ellos* no son los naturales de este lugar.

Sin embargo, esta estrategia no es lo suficientemente efectiva, ya que no excluye la solidaridad de clase entre los pobres, tanto de la mayoría como de las minorías. Si solo se considerara a los extranjeros como otros *pobres gatos* que vienen aquí simplemente para trabajar, sugerir una ideología basada en la competencia económica no sería lo suficientemente efectivo. De hecho, tampoco funcionaría para los que no sienten en absoluto tal competencia, por ejemplo, porque viven en vecindarios o suburbios blancos o en pueblos rurales en los que hay muy pocos miembros de los grupos minoritarios, o porque tienen una vivienda digna y un trabajo seguro (Wellman, 1977). Por lo tanto, la dimensión de *amenaza* económica debe ser equiparada a las dimensiones de *amenaza* social y cultural. Y esto precisamente es lo que sucede: los extranjeros y los grupos minoritarios son (re)presentados en muchas formas del discurso público, como problemáticos, desagradecidos o incluso como criminales, violadores de normas y, generalmente, como personas con costumbres extrañas e inaceptables. Esta percepción prejuiciosa facilita la incomodidad, la inseguridad, el resentimiento o el miedo con respecto al exogrupo en amplios segmentos de la población blanca (Apostle, *et al.*, 1983; Hoffmann & Even, 1984; Meinhardt, 1982, 1984; Schuman, Steeh & Bobo, 1985; Tsiakalos, 1983).

Finalmente, estos factores sociales pueden combinarse con dimensiones culturales de la ideología dominante: los extranjeros hablan otro idioma, a menudo practican otra religión (por ej., Islam), necesitan provisiones educativas especiales

y, en general, se da por hecho que se niegan a adaptarse a *nuestra* cultura. Esta ha sido una de las estrategias de la Nueva Derecha británica (Gilroy, 1987; Levitas, 1986; Seidel, 1986, 1987a, 1987b). De este modo, además de una *amenaza económica*, *tienen* que ser (re)presentados como una *amenaza* socio-cultural. Si se puede transmitir exitosamente este marco ideológico y lograr que sea compartido, se convierte en una poderosa estrategia para (1) mantener dividida a la clase trabajadora, (2) impedir desarrollar a la clase media baja, ideas demasiado liberales o *tolerantes* con respecto a los grupos étnicos minoritarios, (3) convencer a los intelectuales y liberales de que *nosotros* no somos racistas, puesto que no tenemos formas institucionales crueles de discriminación (como el *Apartheid* en Sudáfrica) y de que los prejuicios existentes solo se dan entre la gente pobre de los barrios viejos de las ciudades y (4) convencer a la elite dominante en general, de que su posición de poder socio-económico y cultural no está realmente amenazada por los extranjeros (o por los grupos minoritarios emergentes) ni por las clases (medias) bajas resentidas o temerosas de su propio grupo.

Este argumento parece directo y convincente a primera vista. En general es, por cierto, correcto, y los principales desarrollos logrados en las relaciones entre razas en Europa Occidental (y parcialmente en Estados Unidos) parecen avalarlo. Aún así, este análisis ideológico sigue siendo, al mismo tiempo, demasiado superficial, demasiado crudo, demasiado vago. Es un macroanálisis típico muy alejado de la política de todos los días. Apenas nos cuenta qué sucede exactamente, y cómo. Lo que necesitamos es un análisis de las instituciones y de los grupos involucrados, es decir, de sus acciones y discurso, así como también del procesamiento de información social que llevan a formular, comunicar, difundir y compartir una ideología de estas características dentro del grupo blanco. Necesitamos saber las estructuras internas exactas de esa ideología, su relación con representaciones cognitivas existentes de los diferentes grupos sociales (blancos) y, en especial, las estrategias de sus usos en la percepción social de las minorías étnicas, la interacción social con ellas y el discurso acerca de ellas. En otras palabras, para una teoría adecuada del racismo y del análisis del poder y de la ideología blancos dominantes, la pregunta por el *cómo* sigue aún sin respuesta.

3. Ideología y cognición social

Un problema que todavía no ha sido planteado hasta aquí, y que no ha sido tratado adecuadamente por las (macro)sociologías políticas se refiere a la naturaleza misma de la ideología. Aunque, habitualmente, se define ideología (y más a menudo aún, así se la utiliza) como un conjunto de ideas, la mayoría de los analistas

suponen que es *más* que eso. Así, la ideología debe incluir, al menos, ideas relacionadas con intereses del grupo y, por lo tanto, con las condiciones materiales de los miembros del grupo. También está asociada al menos con *práctica*: la ideología se exhibe no solo en lo que la gente piensa sino también en lo que hace. Además, no está limitada a actividades y comunicación informales, interpersonales, sino que requiere habitualmente una forma de (re)producción basada institucionalmente, tal como la educación y los medios masivos de comunicación. Finalmente, diferenciada en general de la *consciencia de grupo*, la ideología deriva de, o, como hemos sugerido anteriormente, es transmitida persuasivamente o incluso impuesta por la elite gobernante. Al respecto, si los intereses objetivos estuvieran en conflicto, la adopción de tal ideología por parte del grupo dominado representaría una *falsa consciencia* de sus condiciones materiales y sociales..

Estos elementos fundamentales de las posturas clásicas, tanto neo-marxistas como otras, acerca de la noción de ideología, dejan muchas preguntas sin contestar. No nos dice dónde exactamente debemos buscar la ideología -- si es que existe en algún lugar -- de la estructura social, lo que significaría que sería conceptualmente inútil. No especifica qué clase de estructuras internas o *procesos* están involucrados dentro de la ideología. Y, lo que es aún más grave, tampoco explica cómo se originan las ideologías, cómo se producen y cómo, exactamente, se reproducen en toda la sociedad. Esto significa que las nociones corrientes de ideología no explicitan las relaciones entre la *consciencia* ideológica por una parte, y la *práctica* ideológica por la otra.

La ciencia política y la sociología se han mostrado, comprensiblemente, más interesadas en las manifestaciones y en -los contextos de la ideología que en un examen detallado de las ideologías *per se*.

Para comenzar al menos con un esquema de la primera respuesta a la pregunta por el *qué*, proponemos un examen más detallado de las dimensiones socio-psicológicas de la ideología (ver también Billig, 1981). A pesar de las muchas extensiones o transformaciones del concepto, parece que la ideología siempre contiene una dimensión cognitiva importante. Incorpora lo que la gente piensa, encuentra o siente (ignoramos por el momento la distinción entre cogniciones y afectos o emociones y, por lo tanto, también el rol del enfoque psicoanalítico de la ideología). Es necesario, pues, un análisis cognitivo serio. Desafortunadamente, la psicología cognitiva moderna ha dado pocos ejemplos de análisis de este tipo. Sin embargo, los modelos cognitivos actuales nos prestan, al menos, los instrumentos conceptuales para un análisis de esas características, especialmente el trabajo sobre la cognición social (ver Fiske & Taylor, 1984, para una buena introducción). Pero, este tipo de investigación apenas se interesa por dar cuenta de la ideología (ver, sin embargo, Carbonell, 1979). Así, los paradigmas dominantes tanto en la psicología como

en las ciencias sociales no han sido. conducentes para un análisis verdaderamente interdisciplinario de las estructuras y estrategias de la ideología y de la (re)producción ideológica.

3.1: Estructuras ideológicas

Obviamente las ideologías son más que simples configuraciones arbitrarias de cogniciones tales como el conocimiento y las creencias. Muchas de estas cogniciones son meramente *ad hoc*, personales o autobiográficas, tienen solo una relevancia social limitada y muy poca veces son compartidas por los grupos en su conjunto. Por lo tanto, las ideologías deben incorporar conocimientos y creencias so-

Esta dimensión social tiene dos orientaciones principales. Primero, las cogniciones deben pertenecer a *problemas sociales* como el desempleo, la vivienda, la energía nuclear o el aborto, es decir, hechos que afectan a los grupos en general y al grupo propio; en particular. Segundo, las cogniciones deben ser, al menos en parte, compartidas por otros miembros del grupo y, en consecuencia, ser expresables, y expresadas a través de varias formas de procesamiento de información social como el habla cotidiana o los medios masivos de comunicación (noticieros, películas; etc.) (Roloff & Berger; 1982). Estas cogniciones no solo tienen un carácter epistémico sino también una dimensión *doxática*. Incluyen evaluaciones que se basan en normas, valores y objetivos socialmente compartidos.

Hemos propuesto en otro lugar que esas cogniciones son lo que usualmente entendemos por actitudes (sociales) (van Dijk, 1987a, 1987h). Estas actitudes están almacenadas en la memoria semántica (*social*) y consisten en una estructura jerárquicamente organizada de opiniones generales (creencias evaluativas). Estas propiedades permiten que las actitudes sean aplicadas efectivamente y en diversas situaciones sociales, como por ejemplo, en la percepción social, la interpretación social y la planificación de la acción. Cada actitud puede tener una estructura cognitiva compleja organizada en categorías fijas como *Origen, Apariencia, Status, Cultura y Personalidad* en las actitudes hacia los grupos étnicos minoritarios. Tales categorías dominan el conjunto de estereotipos generalizados y de opiniones negativas (prejuicios) acerca de estos grupos. En un nivel elemental de análisis, las ideologías consisten en una estructura de tales actitudes sociales.

En nuestra opinión, por lo tanto, las teorías de la ideología no deben limitarse a un análisis de las clases, grupos sociales o de sus intereses socio-económicos o aún a un análisis de sus prácticas ideológicas, incluyendo las discursivas, sino que también deben incorporar tal componente psicológico. Esto no significa que *reduzcamos la ideología* a una teoría de las actitudes, sino solamente que las cogniciones, sociales deben ser parte de una teoría general para poder ligar las estructuras sociales con estructuras de (inter)acción, de prácticas o de discurso. Nociones

como la de *producción de significado* [*meaning production*] que son centrales en las nuevas teorías de producción ideológica, no pueden estar completas sin una dimensión socio-cognitiva de este tipo.

Sin embargo, las ideologías operan a un nivel aún *más alto* de abstracción y generalidad. Los miembros del grupo no solo pueden compartir las mismas actitudes acerca de diferentes problemas sociales, como por ejemplo, acerca de la inmigración o el aborto, sino que también estas actitudes pueden mostrar una coherencia mutua. Pueden ser parte de un marco de nivel más alto, que permite el desarrollo y la transformación de grandes conjuntos de actitudes siguiendo líneas similares. Es a este marco de trabajo organizado al que nos proponemos llamar una *ideología*. Sin embargo, antes de que los miembros de un grupo puedan desarrollar tal ideología, deben satisfacerse una serie de condiciones. Lo mismo vale para el análisis de las consecuencias de las ideologías compartidas. Estas condiciones y consecuencias son precisamente aquellas dimensiones que usualmente se atribuyen a la noción misma de ideología. Sin embargo, nos parece teóricamente confuso identificarlas con ideología, aunque deban ser tomadas en cuenta en una teoría más amplia de la ideología -que analice también las condiciones de producción socioculturales y económicas y las manifestaciones reales o usos de las ideologías, por ejemplo, en interacciones e instituciones. En otras palabras, las ideologías *como tales tienen* una naturaleza cognitiva, dado que están representadas en las *cabezas* (estructura de memoria) de la gente. Pero también, al mismo tiempo, son sociales porque son compartidas por otra gente *en tanto* miembros del grupo y son adquiridas, formadas y aplicadas en situaciones sociales bajo condiciones sociales (económicas, históricas) y con consecuencias sociales. Por lo tanto, las ideologías son el marco organizativo básico de la cognición social. Esto significa que estamos tratando no tanto de hacer a las ideologías *cognitivistas*, como de hacer a las cogniciones mucho más sociales.

3.2. *Un ejemplo: aborto vs. inmigración*

Para que las ideologías representen relaciones coherentes entre actitudes de acuerdo con la definición dada, deben satisfacer un número mayor de condiciones. Por ejemplo, ¿cómo y por qué pueden estar coherentemente relacionadas actitudes negativas hacia el aborto o hacia la inmigración? En un nivel alto, por supuesto, una ideología de este tipo puede ser caracterizada como *conservadora* en el sentido de que un grupo que comparte esta ideología desea mantener el *status quo*. Más específicamente, sin embargo, los derechos que conciernen a los inmigrantes (digamos, negros) y a las mujeres, como por ejemplo, el derecho a entrar y a residir en un país y tener las mismas oportunidades y el derecho a la autonomía sobre el propio cuerpo, respectivamente. Estos derechos pueden percibirse como una infrac-

ción a las normas, valores e intereses del grupo dominante, es decir, de los blancos autóctonos y de los varones, respectivamente. En ambos casos, el reconocimiento de estos derechos implicaría subjetivamente la limitación del control del grupo dominante para decidir acerca de *la entrada en el mundo* (de los nuevos chicos, preferentemente blancos) y *la entrada al país* (de los nuevos inmigrantes). En el primer caso, la entrada no deberá tener restricciones, en el segundo, sí. Al mismo tiempo, ese marco ideológico podría incluir argumentos de un alto nivel subjetivo que pudieran ser usados para legitimar esas opiniones. La prohibición de la libre elección, en el caso del aborto, puede estar basada en el valor general de la *protección de la vida humana* y en el de *la protección del propio país (o grupo)*.

Vemos entonces cómo los marcos ideológicos parecen incluir el uso selectivo de normas o valores de alto nivel específico para proteger los intereses de un grupo. En ese caso, el mismo marco ideológico puede servir para desarrollar o confirmar actitudes en contra de la usurpación (valor: protección de la propiedad privada) o en contra de las huelgas (valor: protección del mercado libre). No importa que desde otros puntos de vista estos marcos sean inconsistentes (por ej., mantener a la gente fuera del mundo vs. mantener a la gente fuera de un país). Lo importante es que para el que sostiene esa ideología existe una dimensión de evaluación que establece una coherencia tanto entre las actitudes respectivas como entre los argumentos subjetivos que permiten la argumentación mental y la persuasión discursiva en la interacción conversacional. Nótese que, en este análisis, coherencia no i consistencia. Por el contrario, de acuerdo con el nivel de dependencia o de la perspectiva de análisis, los principios ideológicos y las opiniones que los constituyen pueden, de hecho, ser contradictorios. Estas contradicciones se exhiben regularmente en el discurso (Poher & Wetherell, 1987).

Vemos entonces que la naturaleza social de las ideologías no se limita a las representaciones compartidas de los problemas sociales. Más bien, los miembros de un grupo desarrollan ideologías como un correlato cognitivo de las normas, valores y especialmente de los intereses de ese grupo. Tales ideologías proveen un marco de interpretación que decide, para cada tipo de acontecimiento social, si éste satisface o no los objetivos e intereses del grupo. Bajo la influencia controladora del marco ideológico, se pueden formar entonces más opiniones generales específicas (negativas o positivas) acerca de los diferentes problemas sociales, opiniones que están coherentemente organizadas en las actitudes que se toman frente a esos problemas. Por ejemplo, las opiniones sobre la inmigración están organizadas, probablemente, dentro de actitudes más abarcadoras que la gente autóctona puede tener acerca de los grupos étnicos minoritarios. Hemos sugerido que dentro de tal esquema de actitudes grupales se puede esperar que las opiniones estén organizadas bajo categorías tales como origen y aspecto, objetivos económicos del grupo, cul-

tura o propiedades personales atribuidas a los miembros del grupo étnico. Así, si los inmigrantes son negros o vienen de países del Tercer Mundo, la inmigración será evaluada negativamente (o neutralmente si son europeos blancos). Y si el grupo es grande y tiene una posición económica baja, la evaluación será aún más negativa que para la inmigración o la integración social de un pequeño grupo de profesionales. Estas estructuras del prejuicio étnico pueden, por supuesto, variar de acuerdo con la posición social de cada uno de los individuos.

3.3. Modelos

Hemos argumentado que cognitivamente una ideología es un marco de las cogniciones sociales compartidas por los miembros de un grupo y que consiste en un conjunto de actitudes relevantes organizadas en niveles más altos a través de normas, valores e intereses selectos del grupo. Estas actitudes funcionan como un mecanismo de evaluación de hechos, actores o situaciones sociales y, al mismo tiempo, pueden ser usadas para la planificación de una acción (por ej., oponerse al aborto o a la inmigración). En este caso, las opiniones generales de la actitud deben ser *efectivizadas* de un modo concreto, para juzgar o actuar dentro de una situación específica como puede ser *Bradford elects a Pakistani mayor* (Bradford elige un intendente pakistani) o *Turkish worker attacked by racists* (Trabajador turco atacado por racistas). La representación cognitiva de hechos de este tipo se llama *modelo* (Johnson-Laird, 1983; van Dijk & Kintsch, 1983; van Dijk, 1985).

Los modelos son representaciones en la memoria episódica (que es parte de la memoria a largo plazo) de experiencias personales interpretadas, incluyendo lo que la gente *tiene en mente* sobre una situación a la que un discurso refiere. De allí que los modelos sean los correlatos cognitivos de los fragmentos percibidos del *mundo* y, por lo tanto, también de situaciones sociales en las que la gente participa o de las que oye hablar. Estos modelos son subjetivos y caracterizan creencias evaluativas así como otras experiencias personales. Aunque la interpretación de acontecimientos sociales por medio de la construcción de este tipo de modelos está, por supuesto, controlada por el conocimiento general (guión [*script*]) y por las actitudes generales, su naturaleza personal nos permite explicar cómo los individuos están capacitados para reaccionar de diversas maneras ante tales acontecimientos, o para planificar acciones específicas que dependen también de las experiencias, objetivos e intereses personales y de otras circunstancias *ad hoc*. Sin esta noción de modelo, el presupuesto de un conocimiento general y de actitudes controladas ideológicamente, llevaría al presupuesto insostenible de que los miembros de un grupo siempre interpretan los acontecimientos y llevan a cabo acciones exactamente de la misma manera. Para nuestra discusión de la ideología, la noción de modelo es un componente necesario en una teoría del cambio y resistencia sociales cuando son

actualizados a nivel personal. Obviamente, para cambios estructurales, deben desarrollarse las actitudes compartidas por el grupo (por ej., acerca de los grupos dominantes) y las (contra)ideologías.

De este enfoque cognitivo de la naturaleza de la ideología, podemos, en primer lugar, llegar a la conclusión de que las ideologías no son meras listas de ideas; son marcos complejos, jerárquicamente organizados que controlan actitudes (sociales) que en sí mismas son esquemas estructurales complejos de opiniones generales acerca de problemas sociales. En segundo lugar, las ideologías no son simples listas de normas y valores. Son compartidas por grupos que tienen los mismos objetivos e intereses. Los contenidos de la ideología están organizados de tal modo que la información social está representada como un mecanismo de protección de esos objetivos e intereses. En tercer lugar, las ideologías no son formas *estáticas* de cognición social; son más bien marcos flexibles para el procesamiento estratégico –y por ello más rápido y efectivo – de la información social. Es decir, no solo son relevantes sus contenidos, sino también las estrategias necesarias para usar esos contenidos en la interpretación y representación de los acontecimientos sociales.

Para los miembros del grupo étnicamente prejuicioso, por ejemplo, la naturaleza estratégica del uso de sus esquemas de actitud (étnica) les permite interpretar acciones positivas de grupos minoritarios de modo que sean consistentes con opiniones negativas y, viceversa, para seleccionar, focalizar, magnificar y generalizar actos percibidos como negativos. Es de esta manera que definimos la noción hasta aquí utilizada algo vagamente de *consciencia de grupo* (muchos detalles técnicos de las estructuras y de las estrategias cognitivas involucradas no son, sin embargo, tenidas en cuenta en este artículo; ver Hamilton, 1981; van Dijk, 1987a).

Las acciones sociales de los miembros de un grupo están basadas en varios tipos de información cognitiva: deseos, preferencias, objetivos, conocimientos, experiencias personales previas (modelos) y también actitudes. Esto significa que las actitudes ideológicamente enmarcadas pueden constituir la base de *prácticas ideológicas*. Para muchos teóricos recientes la definición de ideología incluye estas prácticas. Aunque en principio es, por cierto, un problema de terminología, hemos sugerido que es teóricamente más conveniente limitar la noción de ideología como tal, al dominio de la cognición social. Existen muchas razones para esta decisión. Una de ellas está inspirada por el clásico problema que se encuentra en la psicología social con los lazos (ceranos) establecidos entre actitudes y acción en general. Es decir, se planean y ejecutan acciones sobre la base de modelos de acción que incluyen un grupo muy complejo y diferenciado de información tanto cognitiva como contextual. La información (opiniones) derivada de actitudes enmarcadas ideológicamente no es más que uno de esos tipos de información. Esto significa que,

en muchas situaciones, las actitudes ideológicas, si bien pueden estar presentes, no se exhiben directamente en la acción. El caso clásico en el estudio del racismo es la ley de la discriminación. Debido a circunstancias especiales (por ej., interés personal) o anormal y valores generales, los miembros del grupo prejuicioso pueden suspender el tratamiento discriminatorio hacia un grupo étnico en una situación dada (La Pierre, 1983). En otras palabras, es útil tratar las ideologías y la acción social como niveles de análisis independientes. Esto *no* significa, por supuesto, que no tratemos de hacer un análisis ideológico de las prácticas sociales como, por ejemplo, al especificar las relaciones entre la acción y las actitudes ideológicas subyacentes. Y es igualmente correcto decir que la acción social puede *manifestar, desplegar, señalar, expresar, decretar* actitudes ideológicas. Una distinción analítica entre acción y actitudes nos permite comprender por qué un mismo tipo de acción *no* está basado ideológicamente (o basado en una ideología) cuando es llevado a cabo en situaciones distintas o por miembros de otros grupos.

3.4. Otras dimensiones de la ideología

Los estudios macrosociológicos de la ideología se centran habitualmente en el papel general de las ideologías en la reproducción de clase, grupos o poder en la sociedad (ver las referencias dadas más arriba). En un enfoque de este tipo, se sostiene a menudo que los grupos como, por ejemplo, la clase obrera, no tienen una ideología, o que un grupo (dominante) le impone a otro (subordinado) su ideología (ver Abercrombie, Hill & Turner, 1980, para discusión). En nuestro marco, tales presupuestos deben ser clarificados. Primero, consideramos que el desarrollo de las opiniones socialmente compartidas y, en consecuencia, el de las actitudes, es esencial para el procesamiento de la información social hecho por los miembros del grupo y, por lo tanto, por los grupos. Esto no significa que cada miembro del grupo tenga actitudes elaboradas y maduras acerca de todos los problemas sociales. A menudo, tales evaluaciones se limitan a una opinión personal relacionada con un hecho concreto, es decir, con un modelo. Sin embargo, no consideramos que la gente desarrolla actitudes que tienen incidencia directa en su vida diaria incluyendo sus condiciones materiales. Una vez más, estas actitudes pueden limitarse a unas pocas opiniones generales que pueden ser suficientes para dar cuenta de la mayoría de las evaluaciones diarias de los hechos sociales. Lo mismo puede sostenerse para la ideología en el más alto nivel. Esta puede ser muy rica en actitudes específicas y mostrar una gran organización, pero no siempre es necesariamente así. Para la gente que comparte una ideología racista, sus actitudes están limitadas a un grupo étnico específico, a pocos problemas sociales relevantes (por ej., empleo, vivienda y crimen) y solamente, a unos pocos principios ideológicos de co-

herencia. De manera similar *la conciencia de clase* puede limitarse a un simple marco ideológico que controla actitudes acerca de quién está en el poder, cómo ese poder puede ser resistido o mantenido junto a algunas normas específicas, objetivos, valores e intereses en el (propio) grupo.

Otra concepción de la ideología es que es una visión necesariamente *incorrecta, falsa o tramposa* del mundo. La gente puede tener actitudes ideológicas caracterizadas por opiniones y objetivos que son inconsistentes con sus mejores intereses. También puede ser una representación *parcial* desde el momento en que la representación ideológica de la estructura social está basada en el grupo y al menos en parte orientada por los intereses de clase. Para nuestra discusión, por ejemplo, debe darse por sentado que en las sociedades racistas el grupo blanco dominante desarrolla ideologías acerca de los grupos minoritarios o relaciones étnicas basadas en prejuicios, por supuesto *equivocados*, tanto moral como epistémicamente. Sin embargo, la contraideología subyacente en la resistencia negra de una sociedad de estas características no necesita estar *equivocada en este sentido*. Por el contrario, tal contraideología solo puede ser efectiva si hace un análisis *correcto* del poder y la opresión del grupo dominante.

En otras palabras, la verdad o la falsedad de una ideología puede ser una noción irrelevante o teóricamente inadecuada. Se pueden tomar en cuenta también a tres criterios de evaluación tales como la relevancia o la efectividad. Además, la noción es necesariamente *relativa* y siempre presupondrá la verdad de acuerdo con criterios de verificación (variables), la evaluación en relación con ciertos objetivos, normas, valores o intereses, o la relevancia con respecto a la práctica social eficiente. Esto significa que los conjuntos de creencias sobre los que se funda una i pueden estar, epistémicamente hablando, *equivocados* pero pueden dar lugar a prácticas sociales adecuadas o eficientes, y viceversa.

Por razones similares, la noción de ideología no implica, como tal, que se trate de una ideología dominante o que tal ideología sea impuesta por un grupo dominante. Por supuesto, hay una interacción *ideológica en la sociedad*, y en la situación presente de los países capitalistas occidentales, la ideología (ideologías) de la clase trabajadora o de las clases medias bajas, puede incorporar componentes ideológicos que derivan de la ideología de la clase dominante. Esto es incluso plausible, aunque no históricamente necesario, en una situación en la que las clases dominantes controlan los modos de (re)producción (masiva) ideológicos o simbólicos tales como la educación y los medios. De manera similar, la incorporación parcial de ideologías dominantes puede impedir la interpretación de las condiciones sociales o económicas que son objetivamente incongruentes con los intereses de un grupo subordinado (*falsa conciencia*). En ese contexto, la expresión pública de la ideología de un grupo dominante puede tender al encubrimiento de sus intereses *reales*.

Para que las ideologías sean efectivamente compartidas por todo el grupo (o clase), es necesaria una interacción y comunicación cotidiana y sistemática entre los miembros del grupo. El conocimiento debe ser compartido como así también las opiniones, las normas, los valores y los objetivos sobre los que ellas se basan. Los miembros del grupo no obtienen (todas) estas actitudes espontáneamente de sus condiciones materiales y hemos visto que las ideologías pueden ser incluso en parte independientes de tales condiciones. Por lo tanto, los miembros del grupo deben interpretar los hechos y las situaciones sociales en términos de modelos, deben atribuir razones u otros factores motivadores a las acciones de otros miembros del grupo, y deben verificar continuamente si sus evaluaciones son consistentes con las normas, valores y objetivos del grupo.

Sin embargo, tales inferencias son parciales y dificultosas. Es mucho más efectivo adquirir esos principios *básicos* del grupo por medio de la comunicación discursiva. Desde los primeros pasos de la socialización y en los múltiples contextos comunicativas cotidianos los miembros del grupo expresan y transmiten persuasivamente estos principios en forma explícita a otros miembros del grupo. Además del discurso familiar y escolar, las conversaciones diarias así como los medios masivos proveen esta clase de información directa. Al mismo tiempo, esos discursos expresan modelos de situaciones y acciones que exhiben evaluaciones de las que se pueden inferir opiniones generales, y de allí actitudes. Este es un aspecto muy importante de la comunicación, porque permite a los miembros sociales experimentar por sustitución *situaciones en* las que ellos mismos no han participado. La mayoría de los miembros del grupo blanco en sociedades multiétnicas tienen conocimiento de hechos étnicos solo a través de *historias* de diferentes tipos como por ejemplo, las de los libros de texto, la ficción o las películas, las conversaciones o las noticias en los medios. Si se distorsionan esos relatos, también se puede llegar a representaciones cognitivas distorsionadas y se pueden volver a usar esos modelos para formar actitudes prejuiciosas que a su vez constituyen las ideologías racistas. El discurso, así, juega un papel central en la formación y transmisión de las ideologías. Esto no significa que el discurso solo exprese, describa o prescriba acciones basadas ideológicamente. Es más bien parte inherente de las prácticas ideológicas de un grupo.

4. Discurso y racismo

Se puede ahora especificar el marco general elaborado anteriormente para analizar la reproducción discursiva del racismo en la sociedad. Hemos considerado que, en el nivel macroestructural, este proceso de reproducción incluye tanto las

relaciones entre los grupos como las relaciones entre las clases. El grupo blanco como un todo ocupa una posición dominante con respecto a grupos étnicos minoritarios tanto en los Estados Unidos como en Europa Occidental. Sin embargo, al mismo tiempo tenemos razones para considerar que existe un rol superpuesto de clase. El prejuicio y la discriminación parecen estar en parte iniciados o *pre-formulados*. por las elites de poder en estos países, de modo tal que se producen las condiciones que contribuyen a la subordinación tanto de la clase trabajadora blanca como de la minoritaria. Ya hemos señalado que esto rara vez es un proceso social causado por la acción intencional, o por la *conspiración* de la elite. Estos procesos trabajan bien de manera mucho más sutil e indirecta. Por ejemplo, una de las razones esgrimidas por las que las elites políticas quieren restringir la inmigración es "proteger a las minorías inmigrantes tanto nuevas como residentes del (creciente) racismo en el país" y al mismo tiempo "proteger a la gente (blanca) que vive en el rodeo la ciudad de los crecientes problemas relacionados con la presencia de extranjeros". El proceso ideológico de transferencia, que atribuye y encubre las propias actitudes y acciones racistas a las clases trabajadoras es, en este caso, verosímil. Satisface en apariencia los prejuicios de la clase trabajadora blanca mediante lítica activa de "no dejar entrar a los extranjeros" y, al mismo tiempo, contribuye la propia presentación positiva de la elite como más liberal y por supuesto no racista.

La ideología y sus manifestaciones discursivas deben jugar, en este marco de divisiones y control étnicos y de clase, un importante papel para encubrir o legitimar las relaciones reales de poder. Las diversas instituciones estatales ejercen control real, en parte físico, contra los inmigrantes o miembros del grupo por ej., por medio de la deportación de *ilegales* o de acciones policiales en de grupos minoritarios. Lo mismo es válido para agencias estatales y corporaciones en el control económico de los grupos minoritarios a través de programas seguridad social, por un lado, y del control del (des)empleo y de la explotación por el otro. Al mismo tiempo, estas políticas racistas y su cumplimiento necesitan una presentación pública y el apoyo del grupo blanco mayoritario. Hemos sugerido que la mejor estrategia en ese caso, es el control sutil de las (re)presentaciones negativas de los grupos minoritarios y de los inmigrantes. Una vez que la mayoría blanca ha desarrollado prejuicios contra los grupos minoritarios, es relativamente fácil obtener el apoyo suficiente para la discriminación institucional. Así, si el gobierno restringe la inmigración de los familiares de los inmigrantes residentes expulsa a los *ilegales*, o si obstaculiza la entrada al país de nuevos grupos inmigrantes (por ej., refugiados), esta clase de discriminación no encontrará oposición por parte de la mayoría blanca. Esto significa que se puede esperar, ya sea un silencio total, ya sea un extenso discurso público que legitime esta clase de políticas

y acciones.

Teóricamente, el papel del discurso en la reproducción del racismo puede ser subsumido bajo la función más general del discurso en la reproducción del poder social. Esta función puede tomar diferentes formas como la expresión, el ocultamiento, la legitimación y, en general, la manifestación o justificación estratégica de objetivos o contenidos ideológicos. De esta manera, el discurso puede describir o explicar lo que los poderosos desean o hacen, prescriben, proscriben o persuaden a los que no tienen poder acerca de lo que deben hacer. Obviamente, no existe una relación directa entre el poder social y la estructura del discurso. Como ya se ha argumentado, es necesario en una teoría de estas relaciones, un componente socio-cognitivo, es decir, un componente que ligue el conocimiento, las creencias, actitudes e ideologías sociales con aquellas cogniciones sociales que subyacen a la producción y comprensión del discurso. Las relaciones más generales y complejas entre el poder, la ideología, el lenguaje y el discurso no podrán ser discutidas más ampliamente aquí, dado que en este artículo nos centramos solo en el poder del racismo. (ver Fowler, *et al.*, 1979; Fowler, 1985, 1987; Kramarae, Shulz & O'Bar, 1984; Kress & Hodge, 1979; Kress, 1985; van Dijk, 1981g, 1987h).

4.1. La prensa

Nuestros análisis de la prensa holandesa demuestran que esto es exactamente lo que ocurre. Mientras que el número de historias acerca de grupos minoritarios residentes tiende a ser limitado, son numerosas las de la inmigración de nuevos grupos (por ej., los refugiados tamil en 1985) y las de los trabajadores mediterráneos *ilegales* y sus familias, que son expulsados del país y a los que ni siquiera se les permite ingresar. De 1739 artículos, acerca de grupos étnicos, publicados en 7 diarios nacionales en Holanda entre agosto de 1985 y febrero de 1986, 306 (17.6%) trataban sobre la inmigración o los refugiados, y titulados así se constituían, por lo tanto, en el tópico más frecuente (ver van Dijk, 1987c, 1987f, para mayores detalles).

Esta ha sido, desde el principio, la tendencia para *las noticias sobre minorías*. De acuerdo con los análisis de la cobertura sobre grupos étnicos llevada a cabo por la prensa británica en los '60 y los '70, las historias de inmigración han estado siempre en los puestos más altos en la lista de los tópicos favoritos (Hartmann & Husband, 1974; Hartmann, Husband & Clark, 1974; Critcher, Parker & Sondhi, 1977; Sondhi, 1981; UNESCO, 1974, 1977). Más allá de los contenidos reales de dicha cobertura, esto señala que el gobierno está *tratando de hacer algo acerca de ello*, lo que constituye precisamente uno de los principales tópicos en la conversa-

ción diaria acerca de la inmigración y de la presencia de grupos minoritarios. El gobierno se muestra activo y *firme en* contra de la inmigración incontrolada y satisface, así, los expandidos objetivos racistas.

El cuadro es, sin embargo, más complejo. Por una parte, el gobierno no puede restringir totalmente la inmigración y ello, por una serie de razones. Primero: los acuerdos internacionales, por ejemplo, con el Apoderado en Jefe para Refugiados de las Naciones Unidas [*UN High Commissioner*] que obliga legalmente al gobierno a admitir un mínimo de refugiados políticos. Segundo: los acontecimientos internacionales pueden llevar a los medios a contar historias que, en ciertos grupos, estimulan la empatía y una aceptación parcial para que *se haga algo por esa gente*. Es evidente, por cierto, que esta empatía está influida políticamente. Se refiere, en particular, a personas víctimas de regímenes comunistas. De ahí, la inmigración sin mayores problemas de refugiados vietnamitas y polacos. Tercero: la reunión de las familias de trabajadores residentes inmigrantes o de gente de antiguas colonias no puede ser totalmente restringida, en parte, debido a leyes internacionales, acuerdos o principios de derechos humanos (por ej., la Carta de las Naciones Unidas o la Declaración de la Comunidad Europea) y, en parte también, por la presión socio—política proveniente de los grupos minoritarios y de los grupos de acción autóctonos que apoyan sus reclamos. Cuarto: en países como Holanda, parte de la *i* dominante es que el país siempre ha sido tolerante hacia los refugiados políticos. Un mito colectivo de este tipo es un rasgo importante de la ideología étnica puesto que se lo puede usar como una estrategia efectiva para defenderse de alegatos de falta de humanidad, hospitalidad y tolerancia. Quinto: aunque la acción de los grupos minoritarios y autóctonos, así como también el apoyo de los intelectuales liberales pueden no ser demasiado poderosos, sus acciones públicas y su ocasional acceso a los medios pueden convertirse en una *amenaza* para la imagen *tolerante* del gobierno presentada en numerosos documentos oficiales, en especial en aquellos a favor de las minorías residentes.

Estas y otras razones legales, políticas, sociales, así como también simbólicas, hacen que los gobiernos en las democracias occidentales modernas necesiten presentarse a sí mismos con una doble imagen. Por un lado, se muestran a sí mismos como *duros* ante la posibilidad de mayor inmigración o con demandas excesivas para las minorías residentes pero, por el otro, deben mantener el mito histórico de que *nosotros* somos humanos, tolerantes y comprensivos y que, por lo tanto, nos oponemos a la discriminación. El discurso público, de acuerdo con su presentación y su cobertura en los medios, debe, en consecuencia, exhibir la imagen más *positiva* de las elites del poder político. Los resultados obtenidos de un análisis de los medios y de la conversación diaria confirman esa estrategia. El gobierno y *sus* agencias controlan en parte la cobertura de las noticias que prestan excesiva aten-

ción a lo que se hace por las minorías en educación y bienestar social, por ejemplo. Esta imagen es realizada retóricamente al representar a los grupos minoritarios en dos roles contrastivos diferentes, es decir, como *pobre gente a la que debe brindársele ayuda*, por un lado, y como *gente desagradecida que siempre esta insatisfecha o protesta contra lo que nosotros hacemos por ella*, por el otro. El primer rol en este tipo de presentación pública afirma el papel positivo del gobierno como el *Gran Benefactor* y satisface los criterios de la propia presentación positiva de la ideología étnica. Al mismo tiempo, para los receptores más autoritarios de un mensaje de este tipo, esos dos roles de las minorías confirman el poder condescendiente de los funcionarios estrictos pero *decentes*, al mismo tiempo que proveen más argumentos que avalan los prejuicios en contra de los grupos minoritarios.

Esta estrategia compleja puede ser ilustrada con el *caso tamil*. Poco tiempo después de que los refugiados tameses de Sri Lanka fueron admitidos de mala gana en Holanda y puestos bajo un régimen de *casa y comida en pensiones decrepitas* (sin obtener los beneficios sociales que normalmente les están permitidos a los refugiados), éstos entablaron juicio reclamando por sus derechos, suceso que, por supuesto, fue ampliamente cubierto por los medios. Nuestro *corpus* de entrevistas en ese momento (primavera de 1985) muestra que no solo mucha gente había adoptado los tópicos y evaluaciones de la elite del poder y de los medios (como que los tameses no eran realmente refugiados sino simplemente *refugiados económicos* que habían venido aquí para aprovecharse de nuestro bienestar social) sino que también se sintieron particularmente resentidos por las acciones legales llevadas a cabo por los *desagradecidos tameses*. Es decir, un grado limitado de "ayuda" está de acuerdo con la evaluación positiva de sí mismo hecha por el propio grupo dominante blanco, pero la resistencia e insistencia activa de los inmigrantes respecto de sus derechos es inconsistente con la consecuencia preferida de tal ayuda, es decir, la gratitud. Cuando los tameses, tanto en Holanda como en Suiza, en la primavera de 1986 prendieron fuego a sus miserables viviendas para protestar en contra del tratamiento al que eran sometidos, la evaluación negativa de *ingratitude* pudo complementarse con la inmediatez de otros prejuicios siempre presentes en el esquema sobre las minorías étnicas: son criminales y violentos.

El apoyo acrítico de los medios masivos, en especial el de la prensa liberal calificada, a las políticas y acciones gubernamentales para deportar a los inmigrantes *ilegales* puede constituirse por otra parte, en una amenaza a la imagen de la elite de los medios y de sus lectores. Entonces lo que se puede observar es que, al mismo tiempo que los medios no cuestionan fundamentalmente tales políticas, centran su atención en unos pocos *casos* compasivos por medio de los que se puede criticar marginalmente a las autoridades: casos de niños o mujeres que son amenazados con la expulsión aunque hayan vivido en el país durante años, o que pierden su

permiso de residencia sin haber cometido falta alguna (por ej., divorcio). En esos casos se informa acerca de las acciones legales o de otro tipo de los grupos (en su mayor parte blancos), se entrevista al ministro relevante, y se enfatiza orgullosamente el éxito. Estas historias personalizadas de *casos* individuales encuadran perfectamente en el sistema de valores esgrimidos por los noticieros de los medios y exaltan, al mismo tiempo, la imagen de los liberales y de los medios sobre la hospitalidad y tolerancia étnica. Esto permite que los medios apoyen sin crítica alguna las políticas racistas inmigratorias de las autoridades cuando se produce la inmigración de grupos enteros (Tercer Mundo, negros).

Nótese que las prácticas de los medios no solo se muestran en el contenido sino también en su discriminación al contratar periodistas, editores, productores u otros profesionales responsables (Greenberg & Mazingo, 1976). En Europa occidental no existen los periodistas negros, al menos no en posiciones importantes y, la diferencia de situación entre negros y blancos es aún abismal en los Estados Unidos (*Minority Participation in the Media*, 1984; Wilson & Gutiérrez, 1985; Smitherman–Donaldson & van Dijk, .1987}. Lo mismo es válido para la falta de interés por las organizaciones étnicas como fuentes seguras y creíbles, y esto puede ser observado en el hecho frecuente de recurrir a *expertos en minorías* blancos, cuando en realidad el tema de discusión son los negros u otros miembros del Tercer Mundo (Downing, 1980).

Vemos que el discurso público gobierna sutilmente la comunicación de la ideología de elite más aceptable con respecto a la inmigración y a las políticas sobre minorías. Tiende a evitar los aspectos fundamentales, estructurales de las relaciones entre razas y se centra en incidentes personalizados. Las autoridades reciben una descripción neutral de las políticas básicas y una crítica marginal acerca de la manera dura con que se tratan los casos excepcionales (compasivos). De forma similar, la elite del poder puede ser presentada como *dura* (respecto de la inmigración) a la vez que como un buen dispensador de ayuda necesaria para las minorías residentes. Exceptuando esos pocos casos *compasivos*, el mismo discurso expresa o implica una descripción mucho más negativa de los inmigrantes y de las minorías residentes. En primer lugar, se los representa como gente que desea entrar en el país para usufructuar los beneficios sociales y no como gente que viene a trabajar aquí contribuyendo de ese modo a la economía. En segundo lugar, se los describe como gente que tiene problemas, por ejemplo, de vivienda, educación, empleo, o seguridad social (y que, por lo tanto, necesita ayuda *extra*) o que causa *problemas* por ejemplo, cuando protesta o hace manifestaciones ,o peor aun, cuando se *involucran crímenes y drogas*. E inversamente, cuando se trata el problema de la drogadicción o la criminalidad a menudo se lo asocia con las minorías, sobre todo con la de los jóvenes negros (ver, por ej., el análisis de Hall, 1978, sobre la situación de

pánico creada por asaltos violentos en Gran Bretaña). El peso del discurso público canalizado fundamentalmente a través de los medios masivos y reproducido en la conversación diaria, se centra en especial en tales tópicos y pone en primer plano, por lo tanto, los roles pre-formulados tanto pasivos como negativos de las minorías. En nuestro análisis de la prensa holandesa en 1981 (van Dijk, 1983) y cinco años más tarde (van Dijk, 1987c, 1987f) encontramos que el crimen y los desvíos eran tópicos muy prominentes; en 1985/1986 eran los segundos con respecto a la inmigración. De este modo, se confirman los prejuicios existentes y se estimulan los nuevos. No se necesitan historias racistas sensacionalistas para expresar y transmitir tales imágenes. La selección de historias, el énfasis temático, las sutilezas estilísticas y las estructuras de relevancia (ver van Dijk, 1987c, para un análisis teórico de estas nociones sobre la estructura de las noticias) son suficientes para transmitir esta perspectiva, con lo que el público debe realizar un proceso inferencial para descubrir las presuposiciones e implicaciones explícitamente negativas. De esta manera, los medios pueden (y de hecho, lo hicieron) atribuirle al público en general, la culpa por inferencias erróneas y por la formación de prejuicios. Y lo que se ha encontrado en los medios británicos, holandeses y norteamericanos también vale para otros países de Europa Occidental (ver por ej., Merten, 1986, para el caso de la prensa alemana).

4.2. *Discurso académico.*

Procesos similares operan en otros dominios del discurso institucional y en el racismo producido por otros grupos de elite. Tomaremos ahora el discurso académico. Es importante señalar el papel de este tipo de discurso porque los intelectuales siempre se han enorgullecido de ser los líderes de un pensamiento progresista, crítico y directo. No solo se daba por sentado que los intelectuales no comprometidos [*freefloating intellectuals*) no tenían conciencia de clase y eran políticamente independientes, sino que también se suponía que su orientación internacional y su conocimiento proveían la protección suficiente contra el nacionalismo doméstico ignorante, el etnocentrismo y el racismo. La historia del racismo ha mostrado un cuadro bastante diferente de esta lustrosa. autoimposición. Si bien es cierto que (algunos) intelectuales blancos han opuesto resistencia al racismo, otros han provisto los fundamentos *teóricos* y en consecuencia la legitimación de formas tanto crudas como sutiles de la opresión étnica y racial. En este punto, apenas si necesitamos recordar los muchos ejemplos de la degradación *científica* de la raza negra o las *pruebas* de la *inferioridad* biológica, social o cultural de su *raza*, su grupo o su cultura que todavía hoy continúan (Unesco, 1983). Es cierto, el discurso académico discriminatorio ha tomado con los años, formas cada vez más sutiles. Las demostraciones de la inferioridad biológica han dado lugar a análisis más indirectos

de las *diferencias culturales étnicas* (Barker, 1982; Seidel, 1986, 1987x, 1987ó). En los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania Occidental existen intelectuales influyentes que aun hoy defienden diferentes versiones de la biología social con el fin de "probar" la inferioridad intelectual de los negros. Muchos científicos sociales siguen todavía la muy conocida estrategia de culpar a la víctima cuando explican las "desventajas" de los negros u otros grupos minoritarios en términos de "familias rotas", "carencia de logros" o "cultura de la pobreza". La nueva derecha intelectual británica, así como un grupo de profesores alemanes de Heidelberg postulan ostensiblemente que las diferencias culturales entre los grupos minoritarios y su "propia" cultura son de tal magnitud que no pueden ser superadas (Levitas, 1986; Hoffmann & Even, 1984). Esto no significa que se abstengan tan solo de recomendar la integración. La mejor solución es, más bien, que los grupos se mantengan separados, *separación [apartheid]* que se logra mejor impidiendo el ingreso de inmigrantes o enviando a las minorías residentes de vuelta a su lugar de origen.

Mientras que estos intentos pueden aún ser categorizados como manifestaciones de pequeños (y ahora, como en Francia, ya no más tan pequeños) partidos racistas o ultraconservadores, formas más sutiles de esta clase de argumentos abundan entre la elite intelectual en su conjunto. Informes eruditos, secciones en los diarios y conversaciones diarias proveen, cotidianamente, explicaciones bien intencionadas de las *desventajas* del grupo minoritario y recomendaciones para *ayudar a esa gente*. La perspectiva de estos discursos es, sin embargo, atribuir los "problemas" a una falta de motivación, a las *deficiencias* lingüísticas, a la estructura familiar y a otras propiedades de una cultura diferente.

La característica más común de este tipo de discurso intelectual es, sin embargo, la negación contundente del racismo. Si a los chicos les va mal en la escuela, o si los jóvenes no encuentran empleo, o si las familias no encuentran una vivienda adecuada, nunca se tiene en cuenta como elemento prominente en la explicación, si es que de algún modo se lo reconoce, uno de sus principales factores, i.e. la discriminación blanca. En ningún otro medio como en el de los intelectuales es tan vehemente la resistencia contra la acusación de racismo. En vez de luchar contra la derecha radicalmente racista, esos intelectuales consideran más bien a los antirracistas como sus enemigos reales (Ben-Tovim, *et al.*, 1986; Gilroy, 1987; Murray, 1986; Essed, 1987a). Utilizan argumentos cuasimetodológicos para denunciar la noción misma de *racismo* como *subjetiva* y, por lo tanto, como *no científica*. En este contexto, son principalmente las elites blancas que controlan la prensa, y los *especialistas en minorías* blancos, los que desacreditan las explicaciones y análisis sistemáticos de los miembros del grupo étnico minoritario sobre sus experiencias diarias con la discriminación (por ej., Essed, 1984; 1987ó). El predominio de este

tipo de discurso intelectual es un ejemplo privilegiado de la estrategia de ocultamiento y de autopresentación positiva. Así, y en especial para los liberales dueños de un estilo propio, una acusación de racismo constituye la mayor violación que se le pueda hacer a su superioridad moral. Los informes académicos y, en particular, los artículos de aquellos intelectuales que son aceptables para los medios, imponen por lo tanto, de un modo dominante, un análisis diferente de la *situación étnica*, en el que se trata a las minorías, a veces muy sutilmente, como *problemas*. Son precisamente esos problemas, percibidos también como tales por las elites políticas y del bienestar social, los que proveen los tópicos mejor fundamentados de investigación: crimen, abuso de drogas, vagabundeo, *abandono*, diferencias culturales y sus *problemas*, estructura familiar, y ausencia o deserción escolar (ver Sykes, 1985, 1987, para un análisis lingüístico del racismo sutil en el discurso del bienestar social). Y si, a pesar de los muchos obstáculos, ocasionalmente se establece una investigación sobre el racismo, sus resultados y especialmente sus recomendaciones son, como es de suponer, archivadas, ignoradas por los medios o denunciadas violentamente por los bien conocidos intelectuales que apoyan el *status quo* como *demasiado subjetivas*, *demasiado políticas* o simplemente como *infundadas*.

La ideología subyacente a esas prácticas discursivas no funciona solamente como un aspecto de coherencia intra-grupal o como una estrategia de autopresentación positiva para todos los grupos de elite incluyendo aquellos con poder político (y que controlan financieramente esas investigaciones). Su comunicación persuasiva es tal que logra una amplia aceptación en toda la sociedad, incluso en las clases bajas. El hecho de que los argumentos utilizados hayan sido y aún hoy sean aplicados también para la explicación de la *desventaja* de esas mismas clases trabajadoras, es, por supuesto, un aspecto al que escasamente se le presta atención en este tipo de difusión. Así, la negación del racismo es también un factor importante en la resistencia concomitante contra una contra ideología efectiva. Se censuran o ignoran simplemente las explicaciones alternativas de la situación étnica, y por falta de acceso a la comunicación pública a través de los medios dominantes, una contra-ideología así planteada, apenas encuentra medios para conseguir su difusión y queda aislada para poder lograr una aceptación amplia. Se limita, por lo-tanto, a pequeños grupos de vanguardia de miembros de minorías políticamente conscientes y algunos blancos simpatizantes ocasionales, y se la comunica solo por medio de la charla informal, el panfleto o las publicaciones modestas.

4.3. Educación y libros de texto

Los libros de texto y las lecciones en la escuela son otros de los lugares privilegiados donde las ideologías académicas encuentran su —a veces distante y simplificada y, por lo tanto, menos sutilmente disfrazada— reflexión. Los autores de li-

bro de texto y los maestros reproducen, por supuesto, tanto las creencias adquiridas durante su formación académica como las que subyacen más específicamente a la experiencia profesional característica del proceso didáctico. El etnocentrismo, el nacionalismo y, a menudo, el racismo apenas sutil de los libros de texto han sido repetidas veces documentados en investigaciones (Klein, 1986; Milner, 1983; Pearson, 1976; Preiswerk, 1980; van Dijk, 1987d). El propio país se agranda de un modo sistemático y se dejan de lado o mitigan sus honores pasados ante los ojos y mentes de los jóvenes (ver también Ferro, 1981). La actual cobertura de los medios, de la controversia acerca de los libros de texto japoneses, que mitigan el genocidio japonés de los coreanos o chinos, nos ayuda a reconocer el silencio casi total de los medios acerca de sus propios libros de texto. Por supuesto, los libros de texto holandeses, ingleses o franceses, de historia, geografía o ciencias sociales, apenas prestan atención a la explotación colonial. Tampoco describen, en forma explícita, las condiciones económicas, las ganancias y los horrores del comercio de esclavos y de la esclavitud. De hecho, los países del Tercer Mundo reciben especial atención en tanto son parte del Imperio, mientras que su existencia política o cultural antes y después es virtualmente ignorada, a menos que sea presentada en un marco negativo como el de golpes de estado, guerras civiles o violencia. Al igual que en los libros para niños (también escritos por intelectuales), los libros de texto todavía representan a los pueblos del Tercer Mundo, en especial a los negros, como primitivos, atrasados, pasivos, y a sus culturas, desde todo punto de vista, como inferiores a la *civilización occidental*.

En este marco, la ausencia de una representación adecuada de las minorías étnicas en nuestros propios países no debe sorprendernos. A negros, indios, chicanos y otros grupos minoritarios en los Estados Unidos se les ha prestado en los libros de texto por siglos una atención menor y marginal. Algunos manuales y clases de Europa Occidental han dado cuenta de ellos cautelosamente, aunque permanecen silenciosos ante los grupos minoritarios en sus propios países. Representan fielmente las versiones oficiales de la inmigración y el establecimiento; dicen tan solo unas pocas palabras acerca de los *problemas* estereotípicos que tienen las minorías; hacen una referencia incidental a la discriminación, y prácticamente ninguna a la información que tanto para los niños autóctonos como para los inmigrantes proveerla un entendimiento serio de una sociedad étnicamente variada en la que crecen y en la que vivirán el uno con el otro. Sería demasiado esperar elementos serios de una contra-ideología que les permitiera a los chicos juzgar con un espíritu crítico una situación de estas características. Al igual que en los medios, en los libros de texto, a las minorías se las representa como *ellos* y nunca como formando parte del *nosotros*, a pesar del hecho de que un creciente porcentaje de esos mismos chicos que usan esos libros de texto pertenecen al *ellos*. Esta forma de exclu-

sión simbólica y sus otras consecuencias de alienación nunca son mencionadas en forma pública como una de las causas posibles de la ampliamente aceptada *falta de motivación* y del consecuente *abandono* de la educación por parte de los chicos de las minorías.

Como siempre, hay excepciones. Algunos maestros de escuela ignoran lisa y llanamente esta clase de libros de texto y, con gran dificultad, producen y usan textos alternativos o se centran en una educación explícitamente antirracista (Mullard, 1985; Klein, 1986). Desafortunadamente, esas islas ideológicas están rodeadas por un océano discursivo en el que prevalecen libros de texto, lecciones y maestros, grupos blancos racistas o charlas familiares, películas televisivas tendenciosas, historietas y literatura para niños, que proveen el contexto adecuado para la reproducción de la ideología étnica dominante. Por otra parte, existe también, una resistencia difundida contra tales formas de educación antirracista.

4.4. *El marco ideológico*

De esta discusión concluimos que las diferentes elites en la política, los medios, la investigación y la educación dan las fórmulas iniciales de un marco ideológico sutilmente persuasivo que representa la *situación étnica* en nuestros países occidentales. De ellas se espera que produzcan *hechos* y tomen decisiones sobre *la* inmigración, la vivienda, el empleo, la educación y la cultura basados en ellos. En su mayoría, la gente tiene poca contra—evidencia debido a la falta de marcos interpretativos alternativos en medios masivos, y también a la distribución ampliamente separada de los grupos étnicos en grandes partes del país.

Lo mismo es válido para los tipos de discursos elaborados de acuerdo con rutinas, tales como los documentos, los informes, los formularios y las evaluaciones de otros profesionales y agencias tales como los de las cortes, la policía, la salud o la seguridad social.

Con la variación usual, las diferencias en énfasis y orientación, y dejando de lado excepciones ocasionales, finalizamos con un marco ideológico en el que las siguientes proposiciones y estrategias constituyen sus principales componentes: a. *Diferencia*. Las minorías (inmigrantes, negros, etc.) son diferentes, vienen de una región diferente del mundo, tienen una cultura diferente (lenguaje, religión, costumbres), tienen un aspecto diferente y actúan diferente. *Ellos* no pertenecen al *nosotros* y en realidad no pertenecen a *nuestro* país. Por lo tanto, deben ser tratados de manera diferente. b. *Competencia*. *Ellos* han venido a vivir aquí y a trabajar a nuestras expensas (y no contribuyen a nuestro bienestar social común). Son una carga y ocupan *nuestros* espacios, ciudades, casas, empleos, seguridad social y educación por lo que *nuestra propia* gente ya no tiene más recursos nacionales suficientes y se transforma en las víctimas reales de su presencia. Debemos, por lo

tanto, oponer resistencia a esta competencia desleal y dar prioridad a nuestra propia gente. *c. Amenaza.* Peor aún, su competencia no constituye una simple amenaza económica, o cultural, sino que también su comportamiento amenaza nuestra seguridad y nuestro bienestar. Se nos imponen a nosotros y a nuestro país entrando y residiendo ilegalmente. Son agresivos y violentos y son los actores principales en el escenario de las drogas. *Ellos* son los que *nos amenazan* (especialmente a nuestras mujeres y ancianos) por medio de ataques y robos. *d. Problemas.* De este modo, su presencia o sus prácticas son sinónimo de problemas en todo los campos sociales. Nunca están satisfechos, protestan y manifiestan ante reglamentos razonables. Crean conflictos y dividen a nuestra sociedad. Aún más, provocan discriminación entre algunos de nosotros. No solamente causan problemas sino que además tienen todo el tiempo problemas en el empleo o en la educación. La mayoría de estos problemas surgen, sin embargo, de sus propias actitudes culturales o personales hacia la educación y el trabajo: *ellos* no se esfuerzan lo suficiente. *Nosotros* les damos todas las oportunidades. *e. Ayuda.* Y sin embargo *nosotros* nos sentimos responsables ya sea porque alguna vez los invitamos a venir y a trabajar para nosotros, ya sea porque vienen desde *nuestras* colonias. Si tienen problemas, debemos ayudarlos; si causan problemas, tenemos que tratar de entenderlos y mostrarles nuestra moral (cristiana). Por lo tanto, bajo estrictas condiciones, les permitimos que se les puedan unir aquí miembros de su familia, les damos bienestar social si no tienen trabajo y empleamos a mucha de nuestra gente en organizaciones que trabajan mucho para asistirlos. Patrocinamos y ejecutamos investigaciones para dar cuenta de sus problemas e iniciamos programas especiales para que sus conclusiones puedan llevarse a cabo. Nuestra sola recompensa será su amor, su agradecimiento y su cooperación, y nuestra única esperanza es que acepten nuestras condiciones, costumbres, reglas y reglamentaciones. *f. Propia presentación.* A pesar de las diferencias, de la competencia y de las amenazas que nos separan de *ellos*, tenemos la firme voluntad de ayudarlos y esto muestra que no es posible que seamos prejuiciosos o racistas. Los que dicen que lo somos mienten o exageran. Y esa gente (también) crea problemas, divide a nuestra sociedad, traiciona a su propio país, gente y cultura. Desafortunadamente, el prejuicio, la discriminación y el racismo existen entre algunos pocos marginales, gente ignorante que no sabe lo que hace. Estos pueden ser ignorados: nuestra democracia es lo suficientemente fuerte para manejar a esa gente. Sus organizaciones racistas no deben ser prohibidas porque vivimos en un país libre y la prohibición los forzaría a transformarse en ilegales [*underground*].

Estos son algunos de los principales elementos de la ideología étnica-racial dominante en nuestros países occidentales. Aunque tales propuestas, objetivos o estrategias pueden encontrarse, a menudo, expresados en muchos tipos de discurso

dominante, algunos están presupuestos o implicados solo de manera indirecta. Un diario no dice que las minorías son criminales. Solo publica (muchas) notas acerca de la delincuencia juvenil o del problema de la droga. Las autoridades políticas o la policía tampoco lo dicen explícitamente. Solo discuten y ejecutan políticas que apuntan a prevenir la delincuencia en las minorías. Los educadores no dicen que los chicos negros son estúpidos. Solo que tiene problemas en la escuela, que están en inferioridad de condiciones, que vienen de familias mal constituidas (o tradicionales, islámicas) y que necesitan ayuda extra. En ninguna de estas muchas *áreas problemáticas* se considera a la discriminación y al racismo blanco como su contexto primario o su causa directa.

El modelo general de la ideología dominante comienza a hacerse visible: por un lado, incluye una presentación negativa y problemática de *ellos* y por el otro, una positiva y no problemática de *nosotros*. Esto no es tan solo el resultado de un mecanismo general sobre los procesos intergrupales (Tajfel, 1981). La separación cognitiva entre *nosotros* y *ellos* implica una evaluación en términos de *superiores o inferiores*. Provee además el marco necesario que subyace al programa que lleva a muchas prácticas institucionales y diarias de separación real. Los prejuicios y su inclusión ideológica son muy funcionales y no simples reacciones *irracionales* de algunos fanáticos (Levin & Levin, 1982). Estas formas sutiles de discriminación [*apartheid*] quedan establecidas al impedir el ingreso de gente a *nuestro* país, a *nuestros* mejores trabajos, a *nuestra* mejor educación, a *nuestra* calle, a *nuestra* cultura, a *nuestra* familia y a *nuestros* medios, libros de texto, ficciones, publicidad y películas (a menos de que estén mostrados negativamente). y posiblemente también al impedirles incluso el ingreso a *nuestras* mentes y pensamientos.

Existen probablemente pocas ideologías sociales tan extendidas, tan consistentes y tan claramente funcionales en la reproducción del poder y de las condiciones para el mantenimiento de los intereses, privilegios y objetivos del grupo dominante. Pero existen también algunos elementos de esa ideología que no han sido pro--formulados primero y llevados a cabo después por los grupos de elite. Estos fueron los que primero dieron los *argumentos* y los *hechos* que constituyen los cimientos de la ideología y que proveen persuasivamente los elementos para su auto-legitimación. Y solo ha sido la elite la responsable de su publicación en los medios y, por lo tanto, de la creación de las condiciones para su aceptación.

4.5. *Conversación diaria.*

No es sorprendente que el marco ideológico que puede inferirse del discurso y de las prácticas del grupo de elite, caracterizado brevemente más arriba, se encuentre también la conversación diaria entre los miembros del grupo blanco en general (van Dijk, 1984, 1987a). Una vez más hay diferencias y variaciones en todo el

espectro (que va de la grosería a la sutileza) dependiendo de un complejo sistema de factores que incluye edad, educación, ocupación, vecindario o la cantidad de contacto diario con minorías. Algunos blancos expresan posiciones antirracistas; critican los medios o al gobierno y expresan solidaridad con los miembros de los grupos minoritarios. La mayoría, sin embargo, comparte al menos algunos estereotipos y están al menos a favor de alguna de las formas de *separación* que hemos mencionado antes. Es importante para nuestra discusión no solo lo que la gente piensa sino y, en especial, lo que la gente dice. Es esta dimensión de reproducción comunicativa la que es esencial para la difusión persuasiva de un consenso étnico. Cuando habla, la gente argumenta para fundamentar sus opiniones o da información acerca de experiencias personales relevantes. En la conversación formulan opiniones negativas presentables y aceptables que parecen incoherentes con normas y valores. En la conversación diaria, la gente muestra cómo reacciona en contra de las políticas y las acciones de los *políticos* y comenta lo que ha visto en la televisión o leído en los diarios. Mediante un análisis de la conversación diaria, podemos estudiar los procesos de reproducción de la ideología y, al mismo tiempo, sus consecuencias diarias -a partir de las experiencias, opiniones e interacciones que allí se expresan.

Por medio del análisis sistemático del discurso de 180 entrevistas informales que fueron llevadas a cabo (en Ámsterdam y San Diego): con el fin de estimular la conversación diaria entre gente relativamente extraña acerca de las minorías étnicas, lo primero que hemos encontrado fue el mismo marco ideológico que también puede encontrarse en vanos tipos de discurso elitista. Hay dos objetivos generales: la presentación negativa de los *extranjeros* y la autopresentación positiva como ciudadanos tolerantes, no prejuiciosos, comprensibles y dispuestos a brindar todo tipo de ayuda. Puesto que estos objetivos pueden, a menudo, entrar en conflicto unos con otros, los hablantes recurren a un conjunto de estrategias discursivas efectivas. Muchas declaraciones negativas acerca de las minorías, especialmente en los niveles local, semántico y retórico, aparecen precedidas o seguidas por un movimiento estratégico de una autopresentación positiva cuya forma prototípica es ampliamente conocida: *Yo no soy prejuicioso (un racista), (no tengo nada en contra de ellos) pero* (. . .). De la misma forma, la gente mitigará declaraciones negativas, pedirá disculpas, transferirá evaluaciones negativas a otros, invocará otras fuentes, dará *evidencia* adecuada contando experiencias personales, hará atribuciones a los medios, enfatizará las diferencias entre los grupos, proveerá explicaciones posibles de las características negativas de los *extranjeros*, etc. Aparentemente, al menos en este tipo de conversación, la norma oficial que dice que la discriminación (también discursiva) está prohibida juega un papel importante en estas estrategias de conservación de la propia imagen. Aún el más racista de nuestros interlocutores. Insistió

en el hecho de que no era racista, enfatizó que tenía amigos entre las minorías, y que de vez en cuando ayudó a sus vecinos extranjeros. Este conocimiento no es tan solo una forma espontánea e innata de moralidad ni una estrategia de autopresentación sino que, como ya lo hemos dicho, es parte inherente de la ideología blanca dominante.

Al mismo tiempo, la charla cotidiana nos invita a expresar nuestras propias opiniones y experiencias, por ejemplo, cuando contamos historias. Con excepción de alguna narrativa positiva ocasional que presente contactos agradables con vecinos extranjeros (la que bien puede ser parte de un macro movimiento discursivo de autopresentación positiva) la mayoría de las narrativas exhiben una estructura temática estrictamente estereotipada. Para la gente que vive en vecindarios étnicamente mixtos, la categoría negativa de complicación de este tipo de narrativas se focaliza en las diferencias o desviaciones eminentemente *contables* y perceptibles de los extranjeros: son agresivos, violentos, criminales o sucios, tienen costumbres extrañas, no (quieren) entienden nuestra lengua, viven de la seguridad social y ocupan nuestras casas y nuestros empleos. En otras palabras, estos tópicos que dominan, aunque la mayoría de las veces de forma más sutil y abstracta, las formas del discurso público, también aparecen en la charla cotidiana: las minorías son (re)presentadas como diferentes, desviadas, competitivas y amenazadoras. Su presencia 'es un problema continuo, diario, al que no se puede dar ninguna solución explícita. En general, las narrativas carecen de la categoría usualmente obligatoria de Resolución en la que el protagonista explica persuasivamente lo que él o ella *ha hecho al encontrarse en esa dificultad*. Por cierto, las *narrativas de minorías* no son heroicas. Por el contrario, como parte de la estrategia general de la autopresentación positiva, se produce una conveniente inversión de roles: *Nosotros somos las víctimas de los extranjeros*. Esta inferencia no es muy explícita en el discurso de elite por la obvia razón de que la elite puede, a duras penas, fingir un papel de este tipo. Sin embargo, el retrato negativo general de las minorías como causantes de problemas en situaciones diarias permite fácilmente la inferencia de que la gente común debe *sufrir*. Las narrativas sobre minorías no se cuentan en principio para divertir sino para expresar e intercambiar experiencias y especialmente evaluaciones. Son narrativas morales acerca de la posición del grupo.

La mayoría de las narrativas funcionan también como parte de esquemas mayores de argumentación. Su objetivo es proveer evidencia, en tanto han sido experimentadas personalmente, para una conclusión moral o práctica. Y mientras los hablantes de clase baja de vecindarios étnicamente mixtos argumentan utilizando narrativas, los de clase media (alta) de vecindarios predominantemente blancos apenas si tienen alguna experiencia para contar, y entonces organizan su opinión alrededor de generalizaciones argumentativas sobre la *situación étnica*. Cuanto más

educación tiene la gente, más cuidados serán sus argumentos y más dominantes serán las estrategias de autopresentación y protección respecto de la presentación (negativa) de los otros. Estos hablantes tienden a comprometerse en opiniones o meta-comentarios acerca de sus conciudadanos blancos y evalúan negativamente, en especial, a los partidos racistas enfatizando, por lo tanto, estratégicamente su objetivo principal: *Yo no soy un racista*. Los *problemas* se discuten en términos muy generales como la economía y su recesión, los conflictos sociales, la educación y las diferencias culturales entre la mayoría y las minorías. Una estrategia argumentativa preferida es mostrar comprensión y empatía y concluir de tal argumentación no una evaluación negativa sino una recomendación: *Yo no tengo contactos con esa gente porque desean hacer su vida; aman su familia. Sería mejor que esa gente se quedara en su propio país y que ayudara a construirlo, por supuesto, con nuestra ayuda financiera*, etc.

La micro organización de la interacción conversacional, como por ejemplo el manejo de dudas, pausas, reparaciones, correcciones y otras señales de procesos de producción subyacentes y movimientos estratégicos de la autopresentación social, muestran cómo se registra esta clase de habla. Cada elección léxica deja ver opiniones o preferencias que pueden ser interpretadas como la expresión de prejuicio y de esta manera los movimientos subsiguientes pueden mitigar o corregir expresiones anteriores. Se pueden insertar pausas para permitir la búsqueda de la palabra más efectiva, y se pueden necesitar reparaciones para reformular una oración. El modelo cognitivo de una situación comunicativa, incluyendo el que el hablante tiene del oyente (y el oyente del hablante) es controlado cuidadosamente para la construcción preferida de la imagen más positiva. De allí que, en especial en las conversaciones con extranjeros, se evite cuidadosamente utilizar expresiones racistas y se elija en general una lengua mitigada. Al mismo tiempo, el modelo de la situación aquí examinado debe interpretarse como intencional y de allí, los movimientos estratégicos que harán a cada aserción tan creíble como sea posible, a través, por ejemplo, de narrativas, argumentaciones persuasivas y recursos retóricos, principalmente para marcar las diferencias entre *nosotros* y *ellos*.

Vemos que en la conversación cotidiana se llevan a cabo diversos procesos sociales. Los blancos tratan persuasivamente de dar una imagen negativa de los grupos minoritarios pero bajo el control de normas y valores generales que, al mismo tiempo, organizan su interacción conversacional por medio de una permanente autopresentación positiva. Pueden invocarse, sin embargo, estos mismos valores, normas y objetivos grupales, para evaluar de manera razonada al exogrupo y servir como base para su evaluación negativa. Se puede hacer referencia a otra gente, a los medios o a las autoridades para acrecentar la credibilidad y, en consecuencia, la persuasión, pero esa referencia señala, al mismo tiempo, la solidaridad y la pertenencia

al grupo, logrando de este modo una coherencia grupal. Es esencial que los hablantes no se presenten a sí mismos (solo) como individuos, sino en particular, como miembros del grupo blanco, es decir, como pertenecientes al *nosotros*. En general no dicen *No me gusta esto* sino más bien *No estamos acostumbrados a esto*. Es por esa misma razón que la gente remarca el hecho de que *los otros aquí (en el vecindario) piensan lo mismo*.

4.6. Raza y clase

Puesto que la reproducción de la ideología dominante se filtra en la producción del discurso cotidiano y la interacción conversacional, las distinciones de clase o grupo no están del todo ausentes. Los hablantes se llaman a sí mismos en términos de *nosotros, los holandeses (americanos ingleses ...)* pero al mismo tiempo, los hablantes elitistas se diferencian a sí mismos a partir del racismo atribuido a la clase trabajadora, mientras que los hablantes de la clase trabajadora, expresan su resentimiento contra la elite política. La evaluación estereotípica del gobierno, de los partidos políticos, de los concejos de ciudades o de la policía es que *ellos no hacen nada acerca de esto*. Los blancos pertenecientes a la clase trabajadora que viven en los vecindarios pobres de la ciudad [*inner city*] se perciben a sí mismos, de esta manera, como dobles víctimas: tanto de los inmigrantes como de los *políticos*, que no podrían preocuparse menos puesto que dejan a los extranjeros entrar en el país y además vivir en *nuestro* vecindario. El prejuicio por resentimiento contra supuestos tratamientos preferenciales (en vivienda y seguridad social, por ej.) constituye el centro de la resistencia de esta clase contra las autoridades.

Estos prejuicios, sin embargo, también impiden que la clase trabajadora blanca se solidarice con las minorías de su misma clase. Cox (1948) da la explicación clásica de este interés de la clase gobernante:

De hecho, tanto los negros como los blancos pobres son explotados por la clase gobernante blanca y esto se hace más efectivo al mantener las actitudes antagónicas entre las masas blancas y de color. ¿Que otra cosa puede ser más temida por la clase gobernante, a qué otro aspecto de las relaciones entre razas puede oponerse más que un *acercamiento* entre las masas blancas y las de color? [...] El prejuicio racial en los Estados Unidos es la matriz socio-actitudinal que sostiene un esfuerzo calculado y determinado de una clase blanca gobernante para mantener bajo el sistema de explotación bajo a cierta gente o a la gente de color y sus recursos (473 - 475).

Aunque quizás hoy se haga de manera más sutil, se comprende, dentro de este mismo marco ideológico, por qué las autoridades intentan tan pocas veces refutar públicamente los prejuicios *populares*. En ocasiones, se hacen promesas de *hacer algo por los vecindarios pobres de la ciudad*, pero al mismo tiempo las elites política

y socio—económica muestran escaso interés en contribuir a la solidaridad de clase. De allí la atención general de los medios a los *conflictos raciales* en ese tipo de vecindarios y la reiterada publicación, sin crítica alguna, de opiniones *honestas (racistas)* de ciudadanos invariablemente blancos de esos vecindarios. Las experiencias locales y los prejuicios se magnifican un millón de veces a través de los diarios y los programas de televisión. Es de este modo como se construye el *conocimiento social* general acerca de las minorías, como una supuesta base fáctica para la legitimación de la ideología dominante. Si bien no todos los usuarios de los medios creerán invariablemente lo que se dice tanto en la prensa escrita como en la televisión, la repetición frecuente de estas *quejas* y la falta de fuentes alternativas de información hacen que la mayoría de la gente acepte el mensaje de que *algo de esto debe ser verdad*.

La penetración de la ideología dominante en la mayoría parece pues reforzada por la eliminación de su dimensión de clase. Mientras todos los miembros del grupo se vean a sí mismos como *nosotros los holandeses (americanos, ingleses)* en general, sus alianzas de clase serán, de hecho, secundarias. La ideología dominante se ha desarrollado de modo tal, que esta autoidentificación como miembros de un grupo se ve acrecentada, a través del énfasis que los políticos y los medios ponen sobre los *problemas*, por ejemplo. He aquí cómo y por qué la conversación de todos los días se centra en una competencia (desleal), en las diferencias étnicas, en la amenaza o desviación asociadas con inmigrantes y minorías en los contextos primarios de la vida cotidiana: homogeneidad cultural (*nuestras maneras*), autonomía en el vecindario, vivienda, trabajo, educación, comunicación (*nuestra lengua*) o servicios sociales. Las quejas acerca de que la gente ya no se siente más como *e n su casa*, o de que ya no está segura en sus casas, o en *sus* calles, o en *su* ciudad, se reproducen a gran escala.

Una imagen pública así presentada del conflicto interétnico afectará especialmente a aquellos para quienes estos prejuicios son más relevantes en la vida cotidiana y a aquellos que tienen menor resistencia ideológica o informativa a tales representaciones, es decir, la clase baja urbana. Mientras que la ideología dominante requiere una lectura no clasista del discurso mediatizado por los medios, tiene precisamente efectos y funciones relacionados con la idea de clase. Impide, así, la solidaridad interétnica de la clase trabajadora y favorece la atribución de desigualdad social a la presencia de los inmigrantes o a las demandas *bajo ningún punto de vista razonables* de los grupos minoritarios (Marable, 1984).

Otro tanto ocurre con los grupos étnicos minoritarios a quienes les impide ser solidarios con la clase trabajadora blanca y resistirse contra la elite de poder, al quedar confundidos por la imagen popular de que el racismo existe solo en la parte más baja y no en la más alta de la jerarquía social.

Por otra parte, la ideología dominante contribuye también a la solidaridad de las elites a través de estrategias de autopresentación como líderes morales superiores. Se ven a sí mismos como tolerantes, y no racistas, mientras que, al mismo tiempo, toleran y legitiman el *odio hacia los extranjeros*, atribuyéndoselo a la clase trabajadora. Encontramos un ejemplo típico de esta estrategia en los editoriales de los medios que trataron la inmigración de los refugiados tameses: no se les debe dar permisos de residencia porque, si los obtuvieran, deberían soportar el *sentimiento popular* (léase: racismo) contra las minorías, en los vecindarios pobres donde eventualmente vivirían.

4.7. Intereses de elite.

Ya hemos destacado reiteradas veces que este análisis aparentemente maquiavélico de la ideología racista dominante y de las estructuras y funciones de su discurso público, no implica que las diferentes elites se comprometan en su construcción de forma sistemática, planificada y generalmente conspirativa. Las ideologías se desarrollan de modos mucho más complejos e indirectos. Los diferentes grupos de elite, más allá de sus diferencias ideológicas internas, sociales y económicas, comparten unos pocos intereses, normas, objetivos y valores básicos. Es cierto que cada grupo desea mantener y reproducir su poder y autonomía política, económica o simbólica. La inmigración de nuevos grupos trae aparejado el hecho de que cada uno de estos grupos de elite deba resolver un nuevo problema social: cómo interpretar, representar y formular públicamente esta nueva presencia de modo que no cambie ni el poder, ni los intereses, ni los privilegios del grupo.

Así, desde un punto de vista económico, es más ventajoso para ellos cuando el nuevo grupo ocupa el lugar de la mano de obra barata en un mercado de *trabajo* preferentemente sobreabastecido que mantiene los salarios bajos y, en consecuencia, las ganancias altas. Al mismo tiempo, el grupo debe ser (re)presentado en competencia con la clase trabajadora blanca no solo en lo que hace al trabajo sino también en lo que hace a otros contados recursos como la vivienda y los servicios sociales. A menudo, sin saberlo, las elites desde su dominio económico favorecerán o, al menos, no se opondrán explícitamente a los conflictos étnicos en el trabajo, prefiriendo mano de obra extranjera y barata y discriminándola una vez empleada. Paralelamente, los medios se centran en el papel de las minorías, en la *recesión económica*, enfatizan su desempleo (y por lo tanto, su dependencia de la seguridad social) en las áreas de la vida cotidiana en la que la mencionada competencia se ve más afectada.

Esta posición especial de las minorías puede ser confirmada socialmente a través de un proceso complejo de reproducción de clase por medio del cual los extranjeros y sus hijos quedan disponibles como mano de obra barata, debido a que

carecen de educación, oportunidades, conocimiento de la lengua y a los prejuicios transmitidos sutilmente respecto de sus diferencias, y, en general, respecto de su inferioridad moral, social y cultural. Por consiguiente, el discurso público se centra en los problemas escolares, en una atribuida carencia de motivaciones, en que los extranjeros no hablan la lengua, en los hábitos culturales extraños, en las prácticas religiosas, etc. Así, si, en general, las jóvenes turcas no concurren a la escuela, el hecho (aceptado) se presenta como causado por la cultura tradicional de la familia musulmana, la autoridad paterna o la tradición cultural, y no como el resultado del tratamiento racista al que estas chicas están sometidas en la escuela. Nuevamente, las elites sociales y educacionales pertinentes no necesitan tener conocimiento de tales alcances y simplemente se autorrepresentan la situación como un "problema" a ser resuelto. Los intereses de los grupos dominantes y sus marcos ideológicos resultantes son la causa de que una vez más, el análisis del problema sea tendencioso, beneficioso para ellos al culpar reiteradamente a las víctimas.

Podría defenderse un análisis similar para las elites culturales e intelectuales. Por una parte, favorecen el multiculturalismo en un nivel inocente, por eventos más bien folklóricos (Mullard, 1984). Pero la lengua y la religión contribuyen a la percepción general de la diferencia y oposición étnica más que a la de la diversidad y riqueza étnica. Por lo tanto, estas diferencias se presentan como problemas en los medios, en la educación y en la investigación, mientras que las manifestaciones artísticas –que enfatizarían la autonomía cultural de las minorías – son o bien ignoradas o bien vistas simplemente como interesantes.

Las prácticas racistas fundamentadas ideológicamente no deberían, entonces, ser evaluadas por sus intenciones sino por sus resultados y consecuencias. Así, se observa que los medios no contratan a periodistas pertenecientes a las minorías, las universidades a profesores pertenecientes a las minorías y, lo que es especialmente crítico, la investigación sobre las minorías no está aún consolidada. El discurso dominante, tanto en los medios como en las publicaciones especializadas, expresa, legítima y reproduce este tipo de prácticas ideológicas pero de una manera que parece adecuada y razonable: las minorías no manejan la lengua, tienen educación insuficiente, carecen de experiencia, no conocen nuestra cultura, sus contribuciones son tendenciosas, orientadas hacia el propio grupo y, por lo tanto, subjetivas. Es decir, que se aplican estratégicamente estas normas, valores y criterios, de modo que quedan marginados reproduciendo el dominio y la unidad de la elite blanca.

Finalmente, la elite del poder político no solamente reproduce su posición en la encrucijada del juego de poder de las elites económicas, sociales o culturales, sino que también debe defender y legitimar sus propios intereses. Hemos analizado estas estrategias en varios puntos de este artículo. Van desde posiciones *duras* sobre la inmigración a ayuda *compasiva* a los grupos minoritarios. Estas y otras

estrategias políticas y su manifestación en los medios, contribuyen así a una imagen pública de aparente neutralidad, mientras que, de hecho, la estrategia global apunta a la satisfacción de los intereses de las elites económicas (mano de obra barata), elites sociales (creación de programas y creación de trabajos en el negocio de las relaciones raciales) y las elites sociales y culturales (programas especiales de educación, fondos para investigación). Al mismo tiempo, se refuerza la imagen de tolerancia y se satisfacen los intereses de los grupos minoritarios al permitirles un mínimo de autonomía cultural y un *multiculturalismo* que puede garantizar parte de los votos liberales. Para lograr un voto popular amplio, la elite política solo necesita mantener una posición *rígida* sobre la inmigración, restringir la ayuda a las minorías *desagradecidas*, expresar comprensión por los *problemas* de la ciudad o abstenerse de promulgar leyes antidiscriminatorias.

La superioridad moral de las elites políticas puede realizarse y su racismo puede quedar estratégicamente dejado de lado, enfatizando la naturaleza *inaceptable* de los partidos racistas de derecha y marcando sus diferencias con respecto a ellos. Sus propias políticas estrictas sobre la inmigración o sobre las relaciones entre razas pueden aparecer como *decentes* y *aceptables* al compararlas con las propuestas manifiestamente más racistas de esos partidos. Con la afirmación de la legitimidad de los principios democráticos, ningún partido mayoritario pide la prohibición de esos partidos racistas. La formación de la decisión pública y por lo tanto, los relatos en los medios acerca de los sucesos políticos siguen cuidadosamente estas estrategias y éste es uno de los modos en los que la elite política puede mantenerse en el poder. Ningún gobierno en Europa Occidental podrá ser puesto en tela de juicio ni abandonado debido a sus políticas estrictas sobre inmigración y relaciones étnicas (Hammar, 1985). Por el contrario, su legitimación se basa en ese mismo cuadro ideológico de extranjeros y relaciones raciales, compartido por todo el grupo blanco más o menos independientemente de su clase o situación de poder, lo que públicamente lo ayuda a elaborar y difundir leyes, reglamentos y fondos, por medio de un acceso privilegiado a los medios.

5. Conclusiones

Este análisis sugiere que, aunque los diferentes grupos de elite formulen una ideología racista dominante y la difundan ampliamente a través de los medios y de otras formas de discurso público, esa ideología no es el resultado de una acción concertada. Su versatilidad estratégica de formas, contenidos y funciones, parece servir mejor a los intereses de la mayoría de los grupos (blancos) en la sociedad, y en especial a los de las respectivas elites. Irónicamente, se puede reproducir la ideología aun cuando no se actúe, por ejemplo, dejando que los prejuicios se desarrollen y hagan su trabajo independiente, perdonando la discriminación y los conflictos

interétnicos si no son demasiado graves, absteniéndose de realizar una acción seria contra el desempleo de las minorías, etc. De este modo, cada segmento del grupo blanco puede contribuir coherentemente al cuadro general. Y puesto que la ideología, más que cualquier otra cosa, parece satisfacer los mejores intereses de todos *nosotros*, *casi* no necesita legitimación y su aceptación pública es fácil de lograr.

En este marco, las contra-ideologías y el contra-discurso, tienen pocas oportunidades para desarrollarse más allá de un cierto límite. Se presentarán como errados, subjetivos, radicales, exagerados o simplemente inaceptables tanto para las elites como para la mayoría de la gente. Si son tolerados y no ignorados por completo, esto es a lo sumo, un movimiento estratégico adicional de autopresentación positiva de las elites dominantes y una prueba más de la superioridad de su ideología. Hemos mostrado que los diferentes lugares del discurso público, controlados en su totalidad por las elites blancas, proveen una expresión directa y persuasiva de tal ideología. Y sin esas formas de expresión, ésta nunca habría llegado a ser pública ni compartida, menos aún dominante.

Nota

* Una versión anterior fue presentada en el *XI Congreso Mundial de Sociología* llevado a cabo en Nueva Delhi del 18 al 23 de agosto de 1986.

Bibliografía

- Abercrombie, N., Hill, S., & Turner, B.S.
1980 *The dominant ideology thesis*. London: Allen & Unwin. Adorno, T.W., Frenkel-Brunswik, E., Levinson, D.J., & Sanford, R.N.
1950 *Authoritarian Personality*. New York: Harper. Allport, G.W.
1954 *The Nature of Prejudice*. New York: Doubleday, Anchor Books.
Althusser, L.
1977 Ideology and ideological state apparatuses. En *Lenin and philosophy and other essays*. London: New Left.
Apostle, R.A., Glock, C.Y., Piazza, T., & Suelze, M.
1983 *The anatomy of racial attitude*. Berkeley, Ca: University of California Press. Banton, M.
1983 *Racial and ethnic competition*. Cambridge: Cambridge University Press.
Barker, M.
1981 *The new racism*. London: Junction Books.
Barrett, M., Corrigan, P., Kuhn, A., & Wolff, J. (eds.)
1979 *Ideology and cultural production*. London: Croom Helm.

- Ben-Tovim, G., Gabriel, J., Law, I., & Stredder, K.
1986 *The local politics of race*. London: MacMillan.
- Billig, M.
1981 *Ideology and social psychology*. Oxford: Blackwell.
- Bobo, L.
1983 White's opposition to busing: Symbolic racism or realistic group conflict. *Journal of Personality and Social Psychology* 45: 1196-1210.
- Bottomore, T.B.
1964 *Elites and society*. London: C.A. Watts.
- Bourdieu, P.
1984 *Homo academicus*. Paris: Minuit.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C.
1977 *Reproduction in education, society and culture*. Beverly Hills, Ca: Sage Publications.
- Bowser, B., & Hunt, R.G. (eds.)
1981 *Impacts of Racism on White Americans*. Beverly Hills, Ca: Sage Publications.
- Brook, E., & Finn, D.
1978 Working class images of society and community studies. En CCCS (ed.), *On Ideology*, 125-143. London: Hutchinson.
- Brown, L.B.
1973 *Ideology*. Harmondsworth: Penguin Books.
- Carbonell Jr., J.
1979 Subjective understanding: Computer models of belief systems. Disertación doctoral, Universidad de Yale.
- Castles, S.
1984 *Here for good. Western Europe's New Ethnic Minorities*. London: Hutchinson. CCCS (*Centre for Contemporary Cultural Studies*)
1978 *On ideology*. London: Hutchinson.
1982 *The Empire Strikes Back. Race and Racism in 70s Britain*. London: Hutchinson.
- Cox, O.C.
1984 *Castle, class & Race*. New York: Doubleday.
- Critcher, C., Parker, M., & Sondhi, R.
1977 Race in the provincial press: A case study of five West Midlands papers. En *UNESCO, Ethnicity in the media*, 25-192. Paris: Unesco.
- Domhoff, G.W., & Ballard, H.B. (eds.)
1968 *C. Wright Mills and the power elite*. Boston: The Beacon Press.
1978 *The powers that be. Processes of ruling class domination in America*. New York: Random House (Vintage Books).
- Donald, J., & Hall, S. (eds.)
1986 *Politics and ideology*. Milton Keynes: Open University Press.
- Dovidio, J.F., & Gaertner, S.L. (eds.)
1986 *Prejudice, discrimination and racism*. New York: Academic Press.

- Downing, J.
1980 *The media machine*. London: Pluto Press.
- Essed, P.J.M.
1984 *Alledaags racisme [Everyday racism]*. Amsterdam: Sara.
1987a *Academic racism. Common sense in the social sciences*. Universiteit van Amsterdam: Centrum voor Etnische Studies. CRES Publications, N^o 5.
1987b Understanding verbal accounts of racism. Politics and heuristics of reality constructions. Ponencia presentada en 3rd *International Conference on Social Psychology and Language*. Bristol, July, 1987. Universidad de .Amsterdam: Centre for Race and Ethnic Studies.
- European Parliament
1986 *Report of the research committee for the rise of fascism and racism in Europe. Reported by D. Evrigenis*. Brussels: European Parliament.
- Ferro, M.
1981 *Comment on raconte l'histoire aux enfants à travers le monde entier*. Paris: Payot.
- Fiske, S.T., & Taylor, S.E.
1984 *Social cognition*. Reading, Ma: Addison-Wesley.
- Fowler, R.
1985 Power. En T.A. Van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis. Vol. 4. Discourse analysis in society*, 61-82. London: Academic Press.
1987 The intervention of the media in the reproduction of power. En I. Zavala, T. Van Dijk, & M. Diaz-Diocaretz, (eds.), *Literature, discourse, psychotherapy*. Amsterdam: Benjamins.
- Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. & Trew, T.
1979 *Language and control*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Galbraith, J.K.
1985 *The anatomy of power*. London: Corgi.
- Gilroy, P.
1987 *There ain't no Black in the Union Jack*. London: Hutchinson.
- Gramsci, A.
1971. *Selection from the Prison Notebooks*. Q. Hoare & G. Nowell-Smith. (eds.). London: New Left.
- Greenberg, B.S., & Mazingo, S.L.
1976 Racial issues in mass media institutions. En RA. Katz (ed.), *Towards the elimination of racism*, 309-340. New York: Pergamon Press.
- Hall, S., Critcher, C., Jefferson, T., Clarke, J. & Roberts, B.
1978 *Policing the crisis: Mugging, the State and law and order*. London: Methuen.
- Hall, S., Lumley, B., & McLennan, G.
1978 Politics and ideology: Gramsci. En CCCS, *On Ideology*, 45-76. London: Hutchinson. Hamilton, D.L. (ed.)
1981 *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior*. Hillsdale, Mass.: Erlbaum.

- Hammar T. (ed.)
 1985 *European immigration policy. A comparative study.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Hartmann, P., & Husband, C.
 1974 *Racism and the mass media.* London Davis-Poynter.
- Hartmann, P., Husband, C., & Clark, J.
 1974 Race as news: A Study in the handling of race in the British national press from 1963-1970. En Unesco, *Race as news*, 91-174. Paris: Unesco.
- Hoffmann, L., & Even, H.
 1984 *Soziologie der Ausländerfeindlichkeit.* Weinheim y Basel: Belts.
- Husband, C. (ed.)
 1982 *'Race' in Britain.* London: Hutchinson.
- Johnson-Laird, P.N.
 1983 *Mental models.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Kinder, D. R., & Sears, D.O.
 1981 Prejudice and politics: Symbolic racism versus racial threats to the good life. *Journal of Personality and Social Psychology* 40:414-431.
- Kinloch, G.C.
 1981 *Ideology and contemporary sociological theory.* Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall. Klein, G.
 1986 *Reading into racism.* London: Routledge and Keagan Paul.
- Kramarae, C., Shulz, M., & O' Barr, W.M. (eds.)
 1984 *Language and power.* Beverly Hills, Ca: Sage.
- Kress, G.
 1985 Ideological structures in discourse. En T.A. Van Dijk . (ed.), *Handbook of Discourse analysis. Vol. 4. Discourse analysis in society*, 27-42. London: Academic Press. Kress, G. & Hodge, B.
 1979 *Language and ideology.* London: Routledge & Kegan Paul.
- La Pierre, R.T.
 1933 Attitudes vs. Actions. *Social Forces* 13: 230-237.
- Levin, J. & Levin, W.
 1982 *The functions of discrimination and prejudice.* 2nd. edition. New York: Harper & Row. Levitas, R. (ed.)
 1986 *The ideology of the New Right.* Cambridge: Polity Press.
- Lukes, S. (ed.)
 1986 *Power.* Oxford Blackwell.
- Mannino, D. J. (ed.)
 1980 *The form of ideology.* London: George, Allen & Unwin.
- Marable, M.
 1984 *Race, reform and rebellion: The second reconstruction in America, 1945-1982.* London: MacMillan.
- Marx, K. & Engels, F.
 1970 *The German ideology.* C.J. Arthur (ed.), London: Lawrence & Wishart.

- McConohay, J.B.
1982 Self-interest versus racial attitudes as correlates of anti-busing attitudes in Louisville: Is it the buses or the Blacks? *Journal of Politics*. 44: 692-720.
- McConahay, J. B., & Hough J.C.
1976 Symbolic racism. *Journal of Social Issues* 32 (2): 23-45.
- McDonough, R.
1978 Ideologies as false consciousness. En CCCS (ed.), *On ideology*, 33-34. London: Hutchinson.
- McLennan, G., Molina, V. & Peters, R.
1978 Althussers theory of ideology. En CCCS (ed.), *On ideology*, 77-105. London: Hutchinson.
- Meinhardt, R.
1982 *Ausländerfeindlichkeit. Eine Dokumentation*. Berlin: Express Edition.
- Meinhardt, R. (ed.)
1984 *Türken raus? Oder verteidigt den sozialen Frieden. Beiträge gegen die Ausländerfeindlichkeit*. Hamburg: Rowohlt.
- Merten, K., et al.
1986 *Das Bild der Auskinder in der deutschen Presse*. Frankfurt: Gagyely Verlag.
- Miles, R.
1982 *Racism and migrant labour*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Mills, C.W.
1956 *The power elite*. London: Oxford University Press.
- Milner, D.
1983 *Children and race. Ten years on*. London: Ward Lock Educational.
- 1984 Minority Participation in the Media. Hearings before the subcommittee on telecommunications, consumer protection and finance, of the Committee on energy and commerce, House of Representatives, 98 th Congress, September 19 and 23, 1983.
- Mueller, C.
1973 *The politics of communication. A study in the political sociology of language, socialization and legitimation*. New York: Oxford.
- Mullard, C.
1984 *Multicultural education. The three O's*. Cardif: National Association for Multicultural Education.
- 1985 *Racism, power and resistance*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Murray, N.
1986 Anti-racists an other demons: the press and ideology in Thatcher's Britain. *Race and Class* XXVII 3: 1-20.
- Pearson, F.H.
1976 A content analysis of the treatment of Black people an race relations in United States history textbook. Disertación doctoral, Universidad de Minnesota.
- Phizacklea, A., & Miles, R.
1979 Working class racist beliefs in the inner city. En R. Miles & A. Phizacklea (eds.), 93-123. *Racism an political action in Britain*. London: Routledge & Kegan Paul.
- 1980 *Labour and racism*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Potter, J., & Wetherell, M.

- 1987 *Discourse and social psychology. Beyond attitudes and behaviour.* Newbury Pads, Ca: Sage.
- Preiswerk, R. (ed.)
1980 *The slant of the pen. Racism in children's books.* Genève: World Council of churches.
- Reeves, F.
1983 *British racial discourse.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Roloff, M. E., & Berger C.R. (eds.)
1982 *Social cognition and communication.* Beverly Hills, Ca: Sage Publications.
- Shuman, H., Steeh, C., & Bobo, L.
1985 *Racial attitudes in America.* Cambridge, Ma: Harvard University Press.
- Sears, D.O., Hensler, C.P., & Speer, L.K.
1979 Whites' opposition to busing: Self—interest or symbolic politics? *American Political Science Review* 73: 369-384.
- Seidel G.
1986 The concept of culture in the British and French New Right. En R. Levitas (ed.), *The ideology of the New Right.* Oxford: Blackwell (en prensa).
1987 The white discursive order: The British New Rights's discourse on cultural racism, with particular reference to the *Salisbury Review*. En I. Zavala, T.: A. Van Dijk & M., Diaz-Diocaretz (eds.), *Approaches to Discourse, Poetics and Psychiatry.* Amsterdam: Benjamins.
1987 The British New Right's "enemy within": The anti-racists. En G. Smitherman—Donaldson & T. A. Van Dijk (eds.), *Discourse and discrimination.* Detroit, Mi: Wayne State University Press.
- Seliger, M.
1976 *Ideology and politics.* New York: Free Press
- Smitherman-Donaldson, G., & Van Dijk, T.A. (eds.)
1987 *Discourse and discrimination.* Detroit, Mi: Wayne State University Press.
- Sykes, M.
1985 Discrimination in discourse. En T.A. van Dijk (ed.), *Handbook of Discourse analysis. Vol. 4. Discourse analysis in society*, 83-101. London: Academic Press.
1987 From 'rights' to 'needs': Official discourse and the 'welfarisation' of race. En G. Smitherman-Donaldson & T.A. van Dijk (eds.), *Discourse and Discrimination.* Detroit, MI: Wayne State University Press.
- Tajfel, H.
1981 *Human groups and social categories.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Therborn, G.
1980 *The ideology of power and the power of ideology.* London: Verso.
- Troyna, B.
1981 *Public awareness and the media: A study of reporting on race.* London: Commission for Racial Equality.
- Tsiakalos, G.
1983. *Ausländerfeindlichkeit.* Munchen: Beck.
- UNESCO
1974 *Race as news.* Paris: Unesco.
1977 *Ethnicity and the media.* Paris: Unesco.

- 1983 Racism, science and pseudo-science. Paris: Unesco.
- van Dijk, T.A.
- 1983 *Minderheden in de media. (Minorities in the media)*. Amsterdam: SUA.
- 1984 *Prejudice in discourse*. Amsterdam: Benjamins.
- 1985 Cognitive situation models in discourse processing. The expression of ethnic situation models in prejudiced stories. En J.P. Forgas (ed.), *Language and social situations*, 61-79. New York: Springer.
- 1987a Communicating racism. *Ethnic Prejudice in Thought and Talk*. Newbury Park: Sage.
- 1987b *News as Discourse*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- 1987c *News Analysis. Case studies of international and national news in the press: Lebanon, Ethnic Minorities, Refugees and Squatters*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- 1987d *Schoolvoorbeelden van racisme. De reproductie van racisme in maatschappijleerboeken (Textbook examples of racism. The reproduction of racism in social science textbooks)*. Amsterdam: SUA.
- 1987e Elite discourse and racism. En I. Zavala, T.A. van Dijk, & M. Diaz-Diocaretz (eds.), *Approaches to discourse, poetics and psychiatry*. Amsterdam: Benjamins.
- 1987f How 'They' Hit the Headline. *Ethnic Minorities in the Press*. En G. Smitherman-Donaldson & T.A. van Dijk (eds.), *Discourse and Discrimination*. Detroit: Wayne State University Press (en prensa).
- 1987g Power and discourse. University of Amsterdam, Departament of General Literary Studies. Section of Discourse Studies. Manuscrito inédito.
- 1987h Social cognition, social power and social discourse. Ponencia leída en International Conference on Social Psychology and Language. (Bristol).
- van Dijk, T.A. & Kintsch, W.
- 1983 *Strategies of discourse comprehension*. New York: Academic Press.
- Wellman, D.T.
- 1977 *Portraits of white racism*. Cambridge: Cambridge University Press
- Wilson, C.C., & Gutiérrez, F. V
- 1985 *Minorities and the media*. Beverly Hills, Ca., & London: Sage Publications.
- Wrong, D.H.
- 1979 *Power: Its forms, bases and uses*. Oxford: Blacken. Young & Murdock.
- Zimet, S.
- 1976 *Print and prejudice*. London: Hodder & Stoughton.

[Traducido por María Marta García Negroni y Salvio Martín Menéndez]